

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

¿qué había en la tumba?

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

¿QUE HABIA EN LA TUMBA?

Colección PUNTO ROJO n.º 498

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 35.687 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1971

© BURTON HARE - 1971

sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN - 1971

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.094. — La primera bala.

En Colección PUNTO ROJO:

495. — Funeral por un pistolero.

Un rótulo gigantesco sobre la fachada del edificio rezaba:

«Terence y Colman».

Nada más. Se suponía que Terence y Colman eran lo suficientemente importantes y famosos para que todo el mundo supiera a qué se dedicaban.

Johnny Slater se apeó del taxi frente a la marquesina que atravesaba la acera, dio un vistazo a las alturas, al letrero de acero y tubos luminosos que reverberaban al sol, y luego pagó la carrera.

El coche se alejó y Johnny cruzó la acera por debajo de la marquesina de toldo multicolor. Había un portero uniformado que le dirigió un vistazo valorativo. No debió juzgar que el recién llegado fuera nadie importante porque desvió la mirada y ni siquiera le saludó.

Johnny se internó por el inmenso vestíbulo de mármol, entre el ir y venir de atareados empleados y visitantes que se agolpaban en los elevadores. Titubeó y eligió las escaleras después de consultar una breve nota que sacó del bolsillo.

Ascendió hasta la cuarta planta, donde, en un lujoso escritorio de metal, una rubia soberbia tecleaba distraídamente en una máquina de escribir eléctrica.

La rubia levantó la cabeza con displicencia. Vio al visitante y sus ojos se iluminaron con una chispa de interés. Siempre sucedía lo mismo tratándose de Johnny. Su tipo fuerte y elástico, con anchos hombros y cuello grueso despertaba el interés de las mujeres, pero donde se fijaban a continuación era en su rostro de facciones recias, un tanto bruscas quizá, en las que unos ojos grises, que podían ser despiadados en ocasiones, tenían por lo general una mirada de curiosa intensidad.

—Buenos días —saludó la rubia—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Johnny le dedicó su mejor sonrisa.

—No me atrevo ni a pensarlo —dijo, consternado—. Depende de la amplitud de sus miradas.

El interés de la rubia decreció unos grados.

—No puedo discutir asuntos personales durante las horas de trabajo —sonrió, no obstante—. Le agradeceré que...

—Estoy citado con el señor Colman, preciosidad. Pero juro que cambiaría esa cita por otra con usted.

—Hay tiempo... ¿Su nombre, por favor?

—Johnny Slater. ¿Y el suyo?

—Mac.

—¿Nada más?

—Si le dijera el resto usted podría encontrar mi número telefónico en la guía. Le anuncio en un instante, señor Slater.

Lo hizo por medio de un intercomunicador, y una voz rotunda dijo a través del aparato que estaba bien, que el señor Slater sería bien recibido y que le hiciera pasar al instante.

El despacho del señor Colman era digno del edificio. O quizá el edificio fuera digno del señor Colman, eso Johnny no pudo dilucidarlo en los breves momentos que tardó en atravesarlo.

—¿Es usted el señor Slater que anunció su visita desde Nueva York? —preguntó Colman al estrecharle la mano.

—Ciertamente.

—Síntese, por favor... ¿Tuvo un buen viaje?

—Excelente.

—Lo celebro. Mi socio, Terence, me habló de que estaba usted interesado en la casa de Douglas Custer...

—Eso es. Suponiendo que siga en venta.

Colman suspiró. Para sus adentros pensó que si no surgía un milagro seguiría estándolo por mucho tiempo, a menos que un tonto de Nueva York la comprase.

—Bien —dijo, dubitativo—, hay algunas solicitudes de compra, por supuesto. Es un edificio magnífico, original y muy sólido, como no se construyen hoy en día. Ya lo verá por sí mismo. Precisamente hay un matrimonio que...

—¿Tengo alguna oportunidad de quedarme con ella, sí o no, señor Colman? No me gusta perder el tiempo, usted sabe.

Colman se sobresaltó.

—Naturalmente que tiene la oportunidad... yo siempre respeto la prioridad de las solicitudes, y la suya es de las primeras. Pero, ¿ha visto usted la mansión?

—Solo las fotografías.

—Bueno, entonces imagino que querrá verla antes de cerrar el trato.

—Por supuesto, pero le confieso que vengo con la firme decisión de quedarme con la casa. ¿Cuándo podemos verla?

—¿Le parece bien esta tarde?

—Excelente.

—Le acompañaré personalmente. Habrá usted de disculpar si el interior no está tan aseado como sería de desear, pero ha estado cerrada mucho tiempo, ¿comprende?

—Es lógico. Pero me gustaría visitarla yo solo, señor Colman, si no tiene inconveniente. Verá, me gusta detenerme en los rincones más insospechados y formarme una idea personal de la forma de vivir en un

lugar determinado. Llámelo un capricho si quiere, pero es así. Quizá se deba a la índole de mi trabajo, no lo sé.

—¿Su trabajo?

—Creí que lo sabía. Soy escritor. Por esa razón ando buscando un lugar que tenga verdadera «personalidad», si comprende lo que quiero decir.

Colman asintió, inquieto. Le parecía que si no estaba él al lado del futuro comprador, este podría cambiar de idea cuando viera aquella monstruosidad.

No obstante, forzó una sonrisa por aquello de que «el cliente siempre tiene razón» y murmuró:

—Me parece muy bien. Le entregaré las llaves y tendrá usted todo el tiempo que quiera para visitarla. Podemos vernos mañana para cerrar el trato, si usted continúa interesado en...

—Seguiré interesado sin duda. No cambio fácilmente de idea, así que puede usted preparar los documentos entretanto siempre que mantenga el precio que acordamos por teléfono. Bueno —añadió—, y a menos que al verla la encuentre en unas condiciones tales que exijan reducirlo.

—Hablaremos de eso cuando volvamos a vernos, pero estoy seguro de que en ese aspecto no tendrá usted queja. Deseo hacerle constar que tanto la casa como el terreno que la circunda valen muchísimo más. Solo se debe a ciertas circunstancias legales el que se haya puesto a la venta por una cantidad tan irrisoria.

Johnny se encogió de hombros.

—Lo veré por mí mismo.

Se levantó, dando por terminada la entrevista. El agente de compra y venta de fincas sacó un manojo de llaves de un cajón y se las entregó.

—Tómese todo el tiempo que quiera —dijo acompañando al futuro cliente hasta la puerta.

Salió con Johnny hasta el despacho donde la rubia sensacional volvía a teclear en la máquina y allí dispuso:

—Señorita Jerome, tome nota de que todas cuantas veces el señor Slater venga a estas oficinas debe ser introducido en mi despacho de inmediato. Adiós, señor Slater, ha sido un placer conocerlo.

—Lo mismo digo.

El magnate regresó a su despacho privado y cerró la puerta.

La rubia sonreía.

Johnny dijo:

—Mac Jerome. Ahora ya sé qué nombre he de buscar en la guía.

—Apuesto que lo hará una de estas noches.

—Puede jurarlo. ¿Cuál noche, por ejemplo?

—Tengo infinidad de compromisos, señor Slater.

—Probaré suerte de cualquier modo. Estoy seguro que volveremos a

vernos y entonces le diré qué puede hacer realmente por mí.

Ella seguía sonriendo cuando Johnny abandonó la oficina.

El sol caía inclemente sobre la calle y las gentes buscaban la sombra de los edificios para circular. Johnny les imitó, hasta encontrar un bar en el que entró, pidiendo un *whisky* con hielo. Estuvo unos minutos saboreándolo y pensando, y al fin se dirigió al teléfono. Introdujo algunas monedas y solicitó larga distancia.

—Nueva York —aclaró a la telefonista.

Añadió las monedas que ella le indicó, obtuvo línea y marcó un número.

Una voz bien modulada dijo a través del auricular:

—Aquí Lake. ¿Quién habla?

—Johnny, desde Frisco.

—¡Demonios, creí que te habías olvidado del asunto!

—Esta tarde voy a ver la casa. A juzgar por el interés en endosármela demostrado por el agente, opino que debe ser una ruina o algo así. ¿Estás seguro que quieres seguir adelante?

—Seguro, muchacho.

—Bueno, por mí está bien. ¿Algo nuevo por ahí?

—Nada, excepto que llegó un cheque a tu nombre. Del editor.

—Eso está bien. ¿Cuánto?

—Cinco mil.

—Eso está mejor todavía. ¿Sabes algo de ese agente cinematográfico interesado en...?

El otro le interrumpió:

—Ni una palabra. Ya sabes cómo trabajan esos tipos.

—Te llamaré después de visitar esa tumba, Jim. Y acuérdate de ingresar ese cheque en mi cuenta, por favor.

—Lo haré, aunque opino que estaría mejor en la mía. Suerte.

—Sí, suerte...

Colgó, regresando al mostrador donde pidió otra bebida.

Cuanto más pensaba en todo el absurdo lío más se afianzaba en su idea primitiva: una solemne estupidez. Jim Lake iba a tirar su dinero a la basura.

Pero era dinero de Jim Lake después de todo, así que...

Terminó el segundo *whisky*, pagó y volvió a la calle.

Atravesó la verja viendo ante sí una especie de selva jamás explorada por el hombre. Copudos árboles se alzaban cual gigantescos guardianes de un mundo oscuro y lóbrego.

Entre los árboles crecía una espesura de hierba y matorrales que casi invadían el ancho sendero de grava y pedazos de cemento, que en tiempos fuera la calzada para coches.

Podían adivinarse aún los arriates de flores, que por algún milagro de supervivencia habían resistido aquella salvaje invasión y luchaban por asomar sus colores entre el verde que lo inundaba todo.

Estupefacto, miró el parque dándose cuenta de sus inmensas proporciones.

Dejó la gran reja abierta y se internó por la espesura. No le habría extrañado en absoluto ver aparecer un elefante o un león por entre la maleza.

Lo que no esperaba ver era lo que surgió cuando dio la vuelta a un pronunciado recodo de la calzada hecha pedazos.

Jamás pudo imaginar una monstruosidad semejante.

Ni de tamañas proporciones.

Que algo como aquello lo hubiera encontrado en algún pantano de Escocia, o incluso en algún remoto paraje de la vieja Inglaterra hubiera sido comprensible. Pero en el Nuevo Mundo, a escasas millas del centro de San Francisco, perdido entre las suaves montañas urbanizadas, escapaba a toda lógica.

Johnny Slater estuvo plantado allí, conteniendo el aliento, más de dos minutos sin atreverse a avanzar por temor a ver desvanecerse el espejismo de un instante a otro.

Pero la cosa siguió allí, implacable, sólida.

Estaba construida con grandes bloques de piedra, así que era difícil que se desvaneciera. Ni un terremoto habría podido resquebrajarla.

En principio, tenía la apariencia de un castillo medieval, comprimido quizá en sus proporciones, pero con todos los atributos de una fortaleza.

Incluso, en las dos torres gemelas que se alzaban a los extremos de la fachada principal había sus almenas de piedra gris, en cuyas junturas prosperaba un musgo verde y húmedo.

Había ventanales trabajados, con figuras de pesadilla. Y una galería alargada y sostenida por gruesas columnas a la que comunicaba una serie de cristaleras inmensas cubiertas de polvo.

Su aspecto lóbrego le dejó petrificado. Pensó en un escenario para un filme de terror. Allí podían habitar un millón de fantasmas sin que se estorbasen unos a otros. Mil espectros de pesadilla hubieran podido deambular incluso por el jardín y nadie hubiera sospechado su presencia desde la lejana calle.

Avanzó el último trecho hasta el portalón de madera artísticamente tallada, con incrustaciones de hierro, y se detuvo de nuevo, bajo la sombra de la galería que corría diez metros sobre su cabeza.

Espesas enredaderas trepaban por los muros y algunas de ellas asaltaban ya los ventanales, intentando aferrarse a los cristales. Flotaba un silencio siniestro en el que el susurro del viento entre el follaje tenía acentos de gemidos lastimeros.

Sacó el manojó de llaves después de examinar la cerradura de la enorme puerta. Eligió una y la insertó en la cerradura. Antes que pudiera dar la vuelta a la llave la puerta giró con un lúgubre chirrido.

—Vaya, ni siquiera la cerraron —masculló entre dientes—. Un descuido imperdonable para un tipo estirado como Terence o Colman...

Entró, dejando el portalón abierto para que entrara la luz de la tarde.

El vestíbulo era tan grande como un estadio, según apreció un tanto exageradamente. Se abrían infinidad de puertas alrededor, y del fondo se elevaba una escalera que, describiendo una graciosa curva en el aire, conducía al primer piso.

Grandes lámparas de cristal colgaban del techo, de una altura impresionante. Estaban protegidas por lienzos de tela que alguna vez fue blanca, pero con la luz del sol entrando por los ventanales se adivinaban perfectamente las filigranas de cristal tallado.

Los muebles, escasos, eran dignos del escenario. Antiguos, pesados, impresionantes, unos de hierro forjado, otros de madera tallada y trabajada por pacientes artesanos de una época que se había hundido ya en la historia.

Tapices hechos jirones colgaban aún de los muros de piedra. Una armadura, al pie de la escalinata, montaba guardia armada de una afilada lanza, añorando tal vez el estruendo de las batallas y el piafar de los caballos de guerra.

Johnny sacudió la cabeza para alejar el aturdimiento. Atravesó el vestíbulo y abrió una puerta. Vio un inmenso salón con un gran ventanal al fondo. La luz penetraba apenas por los sucios cristales, pero aun así distinguió la gran chimenea de mármol, los regios muebles maltratados por el tiempo y la desidia humana y los estantes que alguna vez sostuvieron infinidad de libros.

Un altísimo reloj de pesas estaba parado a las cuatro y seis minutos. Johnny se preguntó de qué día y año, o quizá de qué siglo...

Realizó un rápido recorrido por la planta baja. Vio estancias cuya

utilidad no se le alcanzó en esa primera visita. Habitaciones que sin duda fueron salas de juego, otras debieron servir para salones menos importantes que el primero que viera, e incluso dio un vistazo a cinco o seis dormitorios grandes como todo su apartamento de Nueva York.

Finalmente descendió unos escalones y se encontró en la espaciosa cocina, capaz para guisar la comida de un regimiento. Junto a la cocina estaban las seis habitaciones de la servidumbre, y una despensa vacía y una bodega en la que todavía quedaban algunas docenas de botellas que el polvo y las telarañas convertían en venerables reliquias.

Regresó al vestíbulo, abrumado por cuanto estaba viendo. Indiscutiblemente, para un escritor que se dedicara a relatos de terror aquella sería la vivienda ideal, a menos que acabase loco antes de tiempo.

Sonrió para sí al pensar en eso. De cualquier modo, él debía estar también un poco loco por haber aceptado el descabellado asunto que le propusiera Jim Lake allá, en Nueva York, apenas dos semanas atrás.

Se detuvo junto a la impresionante armadura y le dedicó una atención especial, porque era la primera auténtica que veía en su vida. Era increíble que un hombre pudiera moverse con todo aquel hierro encima...

—Bueno, eran otros tiempos —gruñó en voz alta.

Su voz resonó en la alta bóveda repitiéndose como un eco que casi le hizo dar un brinco.

Subió la escalinata y en el piso vio tres amplios pasillos que se alejaban de él formando una T. Infinidad de puertas se abrían a ellos y decidió que no tenía malditas las ganas de asomar la cabeza por todas ellas.

Sin duda serían dormitorios y más dormitorios, y cuartos de baño, y roperos y más dormitorios...

Abrió la primera. La luz de la sucia ventana era apenas una leve claridad opaca que permitía distinguir vagamente los contornos de los muebles.

Johnny se detuvo en el umbral, adaptando los ojos a la semipenumbra. Al fondo había una gran cama con dosel, más allá una chimenea y junto a esta unos estantes que todavía contenían algunos oscuros volúmenes.

Varios sillones, una cómoda de proporciones asombrosas, y un espejo. Y dos lámparas colgando del techo.

¿Dos?

Johnny elevó la mirada. Una lámpara grande, cubierta con su funda de tela.

Lo otro no era una lámpara.

Era un hombre.

Johnny Slater se quedó petrificado, rígido, mirando el cuerpo del ahorcado, convencido de que el ambiente del lugar le había perturbado hasta el extremo de hacerle ver aquella horrenda visión.

El cuerpo estaba inmóvil, rígido, y a pesar de que la escasa luz no permitía ver los detalles, se adivinaba la cabeza absurdamente doblada a un lado, caída hacia adelante.

Un extraño frío penetró hasta la médula de sus huesos. Se decidió a comprobar la realidad de lo que veía y avanzó hundiendo sus pies en una alfombra gruesa y mullida como un prado de césped.

No era una pesadilla, después de todo.

El cadáver era real, sólido y tieso como un palo.

Johnny expelió con fuerza el aire retenido en sus pulmones.

—Eso le da carácter al lugar —musitó casi con reverencia.

Acercó una silla y subiéndose sobre ella tocó la pierna derecha del ahorcado. Estaba rígida, igual que si fuera de madera.

Hacía mucho tiempo que el hombre había muerto.

Descendió, notando cómo se habían acelerado los latidos de su corazón. Él había escrito muchas veces historias truculentas, pero jamás soñó que le tocara vivir una de ellas con tanto realismo.

—Ahora se impone llamar a la policía —monologó, plantado cerca del ahorcado—, pero para eso se necesita un teléfono y aquí puede haber cualquier cosa menos un teléfono... ¿Quién demonios sería este desgraciado?

Dio un último vistazo al macabro hallazgo y retrocedió hacia la puerta.

En aquel instante el frío que sentía en sus miembros descendió hasta temperaturas glaciales y se quedó tan tieso como el cadáver, escuchando.

Le pareció escuchar pasos quedos en alguna parte, unos pasos lentos y suaves, pero que para el estado de su ánimo resonaron en su mente como el redoble de un tambor.

—¿Estaré volviéndome loco?

Salió al pasillo pisando como un gato. Escuchó.

Abajo oyó un leve rumor.

Alguien o algo se movía en la planta baja.

Sin hacer el menor ruido se dirigió a la escalinata, asomándose por la balaustrada del rellano. Tenía una espléndida vista del inmenso vestíbulo y algunas de las puertas, pero no había nadie allí.

Sin embargo, una puerta estaba abierta y él recordaba que volvió a cerrarlas todas cuando inspeccionó las estancias.

Descendió con precaución, dirigiéndose hacia aquella puerta.

Aspiró con fuerza. Si arriba acababa de encontrar un ahorcado, ahora podía tropezar con cualquier otra visión de pesadilla. No le habría sorprendido ver ponerse en marcha la pesada armadura, pero sí se sorprendió cuando al fin decidióse a asomar la cabeza.

Había una mujer en el gran salón regio. Y luz suficiente para distinguir que era joven y con un tipo soberbio. Estaba inmóvil en medio de la

estancia, mirando a su alrededor, apretando el pequeño bolso que llevaba con las dos manos.

Johnny se sintió original de pronto y dijo:

—Hola. ¿Vino a tomar el té?

La mujer dio un brinco, volviéndose en redondo y dejando escapar un débil grito.

El avanzó tratando de verla con más detalle.

Con una voz ahogada y quebradiza la dama preguntó:

—¿Quién... quién es usted...?

—Bueno, después de permanecer media hora en este mausoleo ya no estoy muy seguro... pero llámeme Johnny, eso no hará daño a nadie. ¿Y usted?

Ella no respondió. Miraba por encima del hombro de él como calculando la distancia que la separaba de la puerta.

—No se asuste —le aconsejó Johnny—, ni siquiera ha visto lo que yo, así que tómelo con calma. ¿Qué vino a hacer aquí?

—¿Y usted?

—Respondiendo con una pregunta a otra pregunta no llegaremos a ningún lado, Oiga, esta es una propiedad en venta. ¿Pensaba usted comprarla tal vez?

—¿Yo?

—No es tan mala idea después de todo. Es justamente lo que yo pienso hacer... si quitan algo que hay arriba y que no entona con el decorado.

—¿Está burlándose de mí?

Él sonrió.

—Jamás haría semejante cosa con una mujer tan espectacular.

En eso llevaba razón. Era una dama de una belleza poco común.

No rebasaría los veinticinco años, pero estos habían acumulado en su cuerpo todas las sinuosas curvas, valles y profundidades que una mujer puede atesorar sin rebasar en ningún caso las medidas exigidas por los buscadores de talentos de Hollywood.

Su rostro, de un atractivo inquietante, estaba adornado por los ojos más verdes y profundos que él recordaba haber contemplado nunca. Y los labios eran un poema de sensualidad reprimida que incitaban a la imaginación por derroteros muy poco académicos.

—No me ha dicho «quién» es usted —susurró la aparición.

—Usted tampoco. Y no me diga que pasaba por aquí y se le ocurrió entrar. Se necesita un motivo muy concreto para atreverse a penetrar en un lugar como este.

Al fin, ella se relajó. Un largo suspiro aleteó por un instante en su boca poderosamente tentadora.

—Bueno... tenía una razón. Jamás me atreví a pasar del jardín, pero

hoy... hoy vi la puerta abierta.

—¿Y...?

—Entré.

—Eso no necesita jurarlo puesto que está aquí. ¿Por qué?

—Yo soy Dyane Tracy —dijo como si esa revelación constituyera un secreto celosamente guardado hasta entonces.

—Y yo Johnny Slater.

—No... no comprende...

—¿Qué he de comprender?

—Todo...

—¿Cómo voy a comprenderlo si no me lo explica? Lo único claro es que usted se coló en una propiedad ajena.

Dyane Tracy retorció el martirizado bolso entre sus dedos. No cabía duda que estaba muy nerviosa.

Al fin pareció tomar una determinación. Iba a explicarse.

Y entonces algo lo impidió.

Algo tan insólito como un ectoplasma, o la aparición del primer y original propietario de la armadura del vestíbulo.

El sonido apagado, pero perfectamente claro, del timbre de un teléfono.

Quedaron mirándose como dos tontos.

El murmuró:

—¿Lo oyó usted también?

—Sí...

Había sonado cuatro o cinco veces antes de extinguirse.

—Esta tumba lleva seis años deshabitada —gruñó Johnny—. ¿Cómo diablos hay un teléfono en funcionamiento?

—No sé...

—Apuesto que no lo sabe. Ha sonado al otro lado del vestíbulo. Vayamos a ver.

La búsqueda resultó perfectamente inútil. No había señales de teléfono alguno en ninguna parte. Ni en el vestíbulo, ni en las habitaciones y salas adyacentes.

Únicamente pudieron ver los cables, viejos y rotos, junto a una mesita de hierro donde en tiempos debió haber un aparato.

—Es como para empezar a pensar que aquí hay algo muy extraño, ¿no cree usted? —musitó la muchacha.

—No lo sabe usted bien. Suba arriba y verá.

—¿Qué?

—Es mejor que lo olvide.

Tras una pausa ella murmuró:

—¿De veras piensa usted comprar este caserón?

—Esa es la idea por lo menos.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Irá bien para mí trabajo, una vez adecentado un poco. Le dará carácter, si comprende lo que quiero decir.

—Creo que está burlándose de mí. Nadie en su sano juicio viviría aquí después de...

Ella sacudió la cabeza.

—¿De qué?

—No creo que lo ignore, pero si no lo sabe no seré yo quien se lo cuente.

—No vaya a salirme ahora con que a partir de las doce de la noche surgen fantasmas lastimeros arrastrando cadenas y lanzando alaridos de espanto. El escenario es adecuado, pero yo crecí en una escuela muy dura en la que los únicos fantasmas eran el hombre, los golpes y las cuchilladas.

—No quiere comprenderlo... ni tomarlo en serio.

—No puedo tomar en serio algo que no tiene explicación. ¿O se refiere a que alguien apareció ahorcado... alguna vez?

Ella dio un respingo.

—¡Entonces lo sabe!

—Acabo de verlo.

—Se burla de mi otra vez.

—Nada de eso.

—Se burla... eso sucedió hace casi seis años...

—No me diga... también hace seis años que este mausoleo está deshabitado, sin luz, sin servicios, y ha sonado un teléfono en alguna parte. ¿O no?

—Por lo menos, parecía un teléfono.

—¡Infiernos! Era un teléfono.

Ella sacudió la cabeza. Abrió la boca para decir algo y se quedó así, sin que ningún sonido saliera de sus labios.

—¿Lo oyó?

El arrugó el ceño.

—No empecemos. ¿Qué fue esta vez, el susurro del viejo conde?

—¡Pasos! —jadeó—. Y voces...

El dejó escapar un leve silbido.

—Y eso que ni siquiera vio lo de arriba —comentó—. Sí...

Pero se interrumpió, porque entonces alguien dio unos fuertes, golpes en el portón de la entrada y tras eso una voz retumbó en la bóveda del vestíbulo:

—¿Hay alguien aquí?

Se miraron y un largo suspiro escapó de los labios temblorosos de la muchacha.

—Bueno, tranquilícese —sonrió Johnny—, no es un fantasma después de todo. Aunque no desespere, ¿sabe? Esta no es su hora.

Echó a andar. Afuera vio dos hombres altos, recios, duros, que le observaron fijamente mientras se les acercó.

Luego, descubrieron a la muchacha que apareció detrás de Johnny y su interés creció hasta alturas infinitas.

—Vaya, no sabíamos que fueran dos los visitantes —comentó uno de ellos.

—Yo soy Johnny Slater —se presentó este—, y ella se llama Dyane Tracy. Y ahora, ¿quién diablos son ustedes y qué están haciendo aquí?

Cambiaron una mirada un tanto sorprendida.

—Él es el sargento Lawrence —explicó el que hablara antes, con su voz gruñona—, y yo el teniente Carminey.

—¿Policías?

—De Homicidios.

Johnny les miró estupefacto.

—¿Cómo infiernos lo supieron? —exclamó—. Y no me digan que les avisaron por teléfono «desde aquí».

De nuevo los dos policías cambiaron una mirada estupefacta.

—¿De qué habla? —jadeó el sargento.

—Del ahorcado.

—Ch, eso... hay cosas más importantes en este caso —replicó el teniente.

—¿Más importantes? Alguien se ha vuelto loco y seguro que no soy yo...

—Mire, regularmente preguntamos a Terence y Colman si alguien se interesa por este caserón. Hoy lo hicimos y nos dijo que usted estaría aquí esta tarde, que pensaba comprar y todo eso. Decidimos conocerle, eso es todo.

—¿Y eso es más importante que un tipo colgando de una viga?

—No la tome con eso. Es un suceso viejo y que se aclarará cuando...

—Cierra el pico —gruñó el teniente Carminey, cortando la explicación del sargento.

Pero Johnny no estaba conforme.

—¿Viejo? —masculló, incrédulo—. El tipo apenas se ha enfriado y ustedes dicen que es un suceso viejo. ¿Qué tiene actualidad entonces para la policía de San Francisco?

Los dos policías casi se cayeron de espaldas.

—¿Enfriado? —balbuceó el sargento—. ¿De qué habla ahora?

—¿Otra vez? Del ahorcado, ni más ni menos.

Carminey bufó:

—¿De qué ahorcado?

—Del que cuelga arriba.

Eso les pilló tan desprevenidos como un petardo bajo las posaderas.

—¿Quiere decir...?

La voz del sargento se ahogó en una especie de balido.

Carminey terminó por él:

—... ¿qué hay un hombre colgado arriba?

—Eso es lo que estoy tratando de decirles desde que entraron, pero ustedes ni siquiera me hacen caso.

Los dos dieron un salto hacia la escalera.

—¡No se muevan de aquí! —rugió el teniente.

Subieron como impulsados por un cohete.

Dyane balbuceó:

—¿De veras... de veras hay un hombre muerto arriba?

—Seguro. En una habitación.

Se tambaleó, como si sus piernas no pudieran sostenerla.

—¿En qué... en qué habitación? —casi sollozó.

Él no veía la importancia de ese detalle, pero respondió:

—La primera de la izquierda, en el pasillo del centro.

—¡Oh, no!

Sus piernas se doblaron y cayó hacia adelante como el tronco de un árbol abatido de un hachazo. Johnny apenas llegó a tiempo de cazarla al vuelo y sostenerla entre sus brazos.

Con la suave carga miró a su alrededor. Acabó por entrar en el gran salón y la depositó sobre el enorme diván, mirándola unos instantes.

Casi sin darse cuenta murmuró:

—Pues señor, si esto lo escribo no lo cree nadie... ¡Qué cosas!

Sacó un cigarrillo y lo encendió, viendo cómo ella recobraba el conocimiento lenta y dificultosamente.

—¿Qué pasó? —suspiró Dyane Tracy, con la mirada aún insegura.

—Se desmayó. Eso es propio de una muñeca delicada como usted.

—Pero ¿por qué me...? ¡Oh, cielos!

—Ya lo recordó, ¿eh? El tipo que cuelga arriba y todo eso.

Ella cerró los ojos, aterrorizada.

—Nunca creí que eso sucediera realmente...

—¿No creyó qué, lo del ahorcado?

Ella ladeó la cabeza y no replicó.

Los dos policías entraron en el salón pisando fuerte. Ahora pisaban terreno seguro. Los cadáveres y cosas semejantes eran lo suyo y al fin tenían algo tangible entre las manos.

El teniente dijo:

—¿Había visto usted a ese tipo alguna vez?

—Maldito si lo sé. No le vi la cara porque había muy poca luz en la habitación.

—¿Y usted señorita?

—¡Yo no lo he visto! —casi chilló Dyane—. Ni quiero verlo tampoco.

—Eso va a ser difícil. Tendrá que comprobar que no se trata de nadie a quién usted conozca.

—¿Cómo voy a conocer a un hombre ahorcado?

El sargento Lawrence explicó pacientemente:

—Bueno, el hombre no estuvo siempre colgado de esa viga, ¿sabe usted? Pudo conocerlo antes.

Ella se estremeció.

—No quiero verlo —insistió.

Carminey se volvió hacia su compañero.

—Sal a buscar un teléfono y comunica con el departamento. Que envíen el equipo, y una ambulancia. Y quiero al forense también.

El sargento asintió, pero antes que saliera, Johnny dijo:

—Si lo encuentran, hay un teléfono funcionando aquí.

—¿Qué?

—Sonó antes.

—¿Qué fue lo que sonó, un teléfono?

—Ni más ni menos.

Lawrence murmuró:

—El tipo ha perdido la brújula.

—Lo oímos, seguro. Sonó varias veces antes de callarse.

—¿Un teléfono?

—Por lo menos lo parecía.

Carminey gruñó:

—La casa está vacía desde hace seis años. Nadie pagó los recibos de ningún teléfono, y retiraron los que había. Lo sé porque yo registré este caserón un millón de veces. ¿Cómo demonios quiere hacerme creer que oyó sonar un aparato aquí?

Johnny se encogió de hombros.

—Tómelo o déjelo.

Carminey se encaró con la muchacha.

—¿Qué dice usted, señorita..., Tracy? Creo que ese es su nombre.

—Sí...

—¿Lo oyó?

—Parecía un teléfono. Llamó cuatro o cinco veces y después calló.

—¿Dónde fue eso?

—Estábamos aquí cuando lo oímos...

—En el vestíbulo —dijo Johnny—. Pareció sonar en el lado opuesto de ese estadio.

—No hay ningún teléfono en media milla a la redonda —se obstinó Carminey—. Yo registré esta casa infinidad de veces.

—Eso ya lo dijo antes, pero un timbre telefónico sonó y eso es seguro.

—Iré a comunicar con los muchachos —decidió el sargento.

Y se fue.

Dyane se había sentado en el diván. Johnny pensó que sería una buena cosa hacerle compañía y fue a acomodarse junto a la muchacha. De modo casual deslizó sus dedos entre los de ella y apretó suavemente.

—Anímese —murmuró—. Los policías no se comen a nadie.

Carminy gruñó:

—No esté muy seguro. ¿Qué vino usted a hacer aquí, Slater?

—Si han hablado con Terence y Colman sabrán que pienso comprar este monumento.

—Pruebe otra vez.

—¿Qué he de probar? Estoy diciéndole la verdad.

—Usted llegó de Nueva York esta mañana, según el señor Colman.

—Así es.

—¿A qué hora?

—En el vuelo 261. Llegó a las nueve y siete minutos para ser exactos.

—Lo comprobaré.

—Bueno.

—Sería una gran cosa que mintiera en eso, Slater.

—No miento. ¿Por qué habría de mentir?

—Porque si llegó anoche, pongamos por caso, pudo muy bien ahorcar a

ese fulano de arriba.

Johnny sacudió la cabeza.

—No complique las cosas, teniente. Si hubiese querido colgar a alguien, en Nueva York tenía doce millones de personas entre las que elegir.

—No haga chistes. ¿Por qué quiere comprar esta casa?

—Está en venta, ¿no?

Carminey bufó.

—No me saque de quicio, Slater. Esta no es una casa cualquiera.

—Eso lo he comprobado personalmente.

—¿Quién le habló de que estaba en venta?

—Un anuncio. Escribí a Terence y Colman y me mandaron unas fotografías. Llamé por teléfono, pedí precio y decidí venir a darle un vistazo.

—Ya veo... Todo eso es comprobable.

—Naturalmente.

—¿Cuál es su trabajo?

—¿No se lo dijo Colman?

—Escritor, según él.

—Sí.

—Johnny Slater... no recuerdo su nombre.

—Usted no leería mis libros, teniente.

—¿Por qué?

—Porque son novelas policíacas. Inteligentes, ¿sabe?

—Otro chiste —refunfuñó el policía.

Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, abriéndola de par en par.

El sol poniente penetró con fuerza en la gran estancia, revelando con más detalle el polvo acumulado en todas partes.

Johnny comentó:

—Si usted registró todo esto, teniente, no cabe duda que hizo un buen trabajo. No hay huellas en el polvo.

—Hace años de eso. Solo me faltó derribar las paredes.

—Eso le hubiera costado un poco, son de piedra maciza...

—El tipo que construyó esta monstruosidad estaba loco —sentenció Carminey, despectivo.

Volviéndose de espaldas al ventanal miró a la muchacha con los ojos cargados de sospechas.

—Ahora le toca a usted —dijo—. ¿Por qué vino?

Estaba pálida. Rehuyó los agudos ojos del policía y murmuró:

—Vine con Johnny... nos conocimos en... en un bar...

Johnny dominó el sobresalto que le asaltó al oírla.

Carminey gruñó:

—¿Es eso cierto, Slater?

—Este... sí; pensé que sería divertido para ella ver un lugar como este y me la traje.

—Hay algo muy raro en todo esto. Hace seis años que tengo este caso en la mente y hasta ahora no empezó a moverse. Me gustaría mucho saber qué demonios me ocultan ustedes dos.

—Nada, teniente. Palabra.

Carminey refunfunó por lo bajo y no replicó.

Fue Johnny quien, al cabo de unos minutos, preguntó:

—Ahora quizá quiera usted ilustrarme, teniente.

—¿Qué?

—Sobre este lío. ¿Qué buscan ustedes?

Carminey casi dio un salto.

—¿Pretende hacerme creer que no lo sabe, que ignora la historia de lo sucedido en este caserón seis años atrás?

—No sé una maldita palabra.

—No lo creeré en mil años. Usted vino aquí con la esperanza de encontrarlo.

—¿Encontrar qué?

—El millón de dólares.

Ahora fue Johnny quien casi se levantó del cochambroso diván.

—¿Un millón de dólares? ¡Maldita sea! No me diga que hay un millón de dólares escondido en alguna parte...

—Esa es la creencia general.

—Usted bromea, hombre.

—Hay veces que yo también pienso que todo esto es una broma. Pero una broma que costó varias vidas humanas no tiene nada de divertido. La gente no mata por nada, Slater, pero mata, tortura y asesina por un millón. Y si me hubiese cabido alguna duda, ese tipo colgado arriba, precisamente en esa habitación, la habría disipado.

—Maldito si entiendo nada... Explíquese, ¿quiere?

—Yo no. Mi trabajo es hacer preguntas, no responderlas.

La llegada del sargento, cortó la discusión.

—Están en camino —anunció—. Utilicé el teléfono del vecino más próximo. Bueno, eso de vecino... está como a media milla de aquí.

—¿Alfred Gary?

—Sí. Nos ayudó seis años atrás.

—Lo recuerdo muy bien.

El teniente indagó:

—¿En qué hotel se aloja, Slater?

—En el Star.

—Muy bien, váyanse ahora. Les tomaré declaración legal en mi oficina cuando hayamos acabado con todo este jaleo de aquí. Pero antes quiero saber dónde vive usted, señorita.

Dyane dio su dirección, que el sargento anotó cuidadosamente, y nadie habló nada hasta que estuvieron andando por el jardín.

—Me metió en un lío, preciosidad —dijo Johnny—. ¿Por qué le mintió a Carminey?

Ella titubeó.

—No podía decirle la verdad. Hubiera... hubiera sospechado de mí.

—¿Por qué?

—Esa es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo para escuchar historias, así que veamos adonde podemos dirigirnos para hablar con tranquilidad.

—¿Qué le parece mi apartamento?

—Muy bien, sobre todo si tiene un poco de *whisky* y hielo para un sediento.

—Lo tengo.

—Excelente. Vamos allá.

Solo que no fue una tarea tan fácil, puesto que tardaron casi veinte minutos en localizar un taxi...

Era un nido acogedor, confortable, en el que Johnny pensó que le gustaría vivir una temporada... con la dulce compañía de Dyane, naturalmente.

La muchacha le dejó el tiempo de cambiar su vestido de tarde por una larga bata de seda que moldeó su cuerpo con la suavidad de una caricia.

Johnny comenzó a hacer cálculos respecto a lo que llevaría debajo, pero no llegó a conclusión alguna, debido principalmente a que ella se introdujo detrás de un diminuto bar para preparar las bebidas.

Había hielo en un pequeño refrigerador, y una botella de *whisky* de buena marca casi llena a mano.

—Ahora puede empezar con su historia, primor —insinuó, encaramándose a un alto taburete de metal.

—Le mentí al teniente porque mi verdadero nombre es otro... el mismo que ella llevaba de soltera.

—¿Ella?

Dyane deslizó los cubitos de hielo en los vasos y levantó la mirada hasta el rostro intrigado de Johnny.

—Chalice —murmuró solamente.

—¿Y qué con eso?

Dyane parpadeó, llena de asombro.

—Pero, ¿es posible que usted ignore la historia?

—Bien, para ser sinceros, conozco algunos detalles, pero no los suficientes.

Ella escanció *whisky* en los vasos. El líquido gorgoteó sonoramente y ese fue el único sonido que se escuchó durante unos segundos.

—Ella era mi hermana.

—¿Quién es ella?

—Clindy Chalice.

—Seguimos a oscuras.

La muchacha empujó el vaso de él por encima del pequeño mostrador.

—Apenas puedo creer que usted no lo sepa...

—Clindy Chalice... ese nombre no me dice absolutamente nada. ¡Eh, un momento...! —exclamó de pronto—. ¡Clindy!

Ella asintió, llevándose el vaso a los labios.

Johnny añadió, atónito:

—¡Clinder Custer! ¿Es eso?

—Sí, Johnny.

—¿Su hermana?

Ella asintió. Vació la mitad de su vaso y lo dejó sobre el mostrador, mirándole ahora con ojos en los que se adivinaba cierta expectación, esperando lo que él iba a decir.

En realidad Johnny no dijo una palabra durante unos instantes, asimilando la nueva sorpresa.

Después murmuró:

—De modo que su hermana... increíble...

—Yo... yo no creo que sea cierto lo que la policía afirma. Esperé durante años... —su voz vaciló—. Siempre pensé que ella se pondría en contacto conmigo para explicarlo todo...

Calló. El alargó la mano y tomó su vaso, esperando la continuación de lo que ella iba a decir. Estaba aturdido, porque nunca sospechó que hubiera una hermana por en medio.

Entonces se fijó en Dyane, en sus ojos desorbitados, en las manos que subían temblorosas hacia su garganta, en el temblor convulsivo de sus labios...

Dio un salto fuera del taburete.

—¿Qué le pasa, se siente mal? —exclamó.

Ella trató de hablar. Lo intentó desesperadamente, con la muerte atirantando sus facciones, que perdían su belleza a pasos de gigante.

Una espuma sucia apareció en las comisuras de sus labios.

—¡Johnny...!

—¡Nena!

—El... el *whisky*...

De pronto una terrible convulsión sacudió todo su cuerpo. Un estertor escalofriante escapó de sus labios. Los dientes chirriaron al apretarlos brutalmente y, al fin, se desplomó detrás del pequeño mostrador donde quedó hecha un ovillo.

Johnny se inclinó sobre ella tratando de levantarla. Repentinamente, un hedor amargo llegó hasta su olfato... un hedor a almendras amargas.

No se necesitaba ser un experto para comprender que Dyane estaba muerta. Se quedó petrificado, con una profunda ternura hacia la muchacha enturbiando sus sensaciones.

Después, se levantó y olfateó el vaso de la muchacha. El típico olor a cianuro era casi imperceptible en el vaso, pero existía.

Se echó atrás, ahora aterrado, porque lo mismo que ella había muerto envenenada, le hubiera ocurrido a él lo mismo de haber probado la fatal bebida.

El tóxico estaba en la botella, sin la menor duda.

Johnny dejó transcurrir unos minutos tratando de calmar sus alteradas emociones. Después localizó el teléfono y comunicó con la policía.

—Quiero hablar con el teniente Carminey —pidió, después que le conectaron con la Brigada de Homicidios.

—El teniente no está aquí. ¿Quién le llama?

—Escuche, sé que se encuentra en la vieja mansión de Douglas Custer. Mande a alguien en su busca, es importante, y dígame que acuda de inmediato al domicilio de Dyane Tracy. Él tiene las señas.

—¡No podemos...!

—¡Se trata de un crimen, maldita sea! ¿Quiere ahora hacer lo que le digo?

Hubo un corto titubeo. Luego, la voz anunció:

—Okey, se hará como usted quiere. ¿Su nombre, por favor?

—Johnny Slater.

—¿Está en esa dirección ahora?

—Sí, sí...

—¿Es el lugar donde se ha cometido ese crimen de que habla?

—¡Al infierno! Llame a Carminey.

Y colgó, furioso.

Volvió al lado de la muchacha. Su mente era un caos en el que ni siquiera intentó poner orden. Se apartó de allí, derrumbándose sobre una butaca, y encendió un cigarrillo.

Los primeros en llegar fueron los miembros de un auto-patrulla avisados por radio. No hicieron demasiadas preguntas, limitándose a examinarlo todo superficialmente.

Al fin llegaron Carminey y el sargento Lawrence, tan intrigados que tardaron unos segundos en advertir que uno de los agentes les estaba explicando el asunto desde que ellos llegaran al apartamento.

Carminey les despidió pronto, para dedicar su atención a la muchacha caída tras el pequeño bar.

Luego se enfrentó con Johnny.

—Vamos, cuéntelo. ¿Qué pasó?

—El *whisky*... alguien envenenó la botella con toda seguridad.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque ella sirvió la bebida... bebió primero. Luego, cuando me disponía a hacerlo yo, en mitad de nuestra conversación, advertí su actitud... las convulsiones... y se derrumbó.

Lawrence gruñó:

—El tipo que hizo eso es una bestia salvaje. Podían haber bebido una docena de personas de esa botella.

—Suponiendo que la cosa sea como la cuenta nuestro amigo. Es escritor, ¿recuerdas? Tiene imaginación, por lo tanto.

Johnny se irguió poco a poco.

—Voy a romperle los dientes, Carminey, sea usted policía a no.

—Tómelo con calma. Es solo una idea.

—Una podrida idea en todo caso.

—El crimen no es un juego limpio tampoco.

—¿Cuánto tiempo hace que llegaron aquí? —quiso saber el sargento.

—No mucho... tardamos más de veinte minutos en encontrar un taxi.

Luego, al llegar, ella entró en su dormitorio para cambiarse de ropa...

Carminey suspiró.

—Ahora que ha muerto tal vez quiera usted decirnos la verdad, Slater.

No crea que me tragué la historia que me contó esa chica.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ustedes no se conocieron en un bar. Resulta absurdo que la invitase usted a acompañarle solo para que viera una casa original. ¿Cuál es la historia?

—Tiene usted razón... ella llegó a la casa mientras yo estaba arriba, en la habitación del ahorcado.

—Eso está mejor; siga.

—No hay más. Llegó, bajé y hablamos. No creí nada de lo que me dijo, por eso quise continuar a su lado, con la esperanza de sacarle la verdad.

—¿Por qué?

—No le comprendo.

—¿Por qué quería usted saber la verdad, cuál es su interés en este embrollo, si solo quiere comprar la casa?

—Bueno, la muchacha era extraordinariamente hermosa, ¿no?

—A otro perro con ese hueso, Slater. No haga que piedra la paciencia. Recuerde que puedo acusarle de este crimen.

—¡Inténtelo siquiera y verá lo que ocurre!

—Usted pudo hacerlo.

—Seguro. ¿Cree realmente que soy idiota?

Carminey esbozó una mueca.

—No —confesó—; estoy seguro de que de haber querido matarla hubiera ideado un modo más original de hacerlo.

—Por lo menos, tan original que no me hubiese comprometido a mí.

Carminey suspiró, cansado.

—Llevo seis años con este caso entre manos. Es como una obsesión para mí. Y ahora usted aparece para complicarlo más todavía. Es para volverse loco.

—Ella se llamaba Chalice, teniente.

—¿Qué?

—Chalice. Eso me dijo poco antes de morir.

—¡Chalice! —exclamó Carminey, dando un respingo—. ¡El nombre de soltera de Clindy Custer...!

—Eso fue lo que ella aseguró.

—La hermana...

Lawrence murmuró con voz estrangulada:

—Nunca pudimos localizarla... y cuando aparece, alguien la mata. Este caso está maldito, Carminey.

—Sí, empiezo a creerlo también.

Johnny preguntó:

—¿Saben ya quién era el hombre colgado en la casona?

—Le conocíamos perfectamente.

—¿Sí?

—George Turnboom —dijo el sargento.

—¿Y quién era George Turnboom?

—El secretario de Douglas Custer, el antiguo propietario de la casa.

Johnny maldijo entre dientes.

—Esto es un laberinto —gruñó—. ¿Qué estaría haciendo allí, y por qué le mataron?

—Le juro que me gustaría muchísimo saber las respuestas a estas dos preguntas —rezongó el teniente.

Lawrence anunció:

—Voy a llamar a los muchachos. Ya es hora de que vengan aquí. No va a gustarles, y menos al forense. Dos fiambres en tan poco tiempo... habrá que oírle...

Carminey apenas le prestó atención. Estaba concentrado en sus pensamientos, que a juzgar por la expresión de su rostro duro no eran agradables.

De pronto masculló:

—No comprendo cómo han elegido justamente el mismo día para matar a dos personas relacionadas de algún modo con el caso. ¿Qué nexo de unión pudo haber entre Turnboom y Dyane Tracy, o Chalice para ser exactos?

—Tal vez ninguna.

—No lo creeré en mil años. La muerte les une.

—No necesariamente. Quizá el asesino no decidió matar a la muchacha hasta que la descubrió merodeando la casa, Carminey hizo un ruido extraño con la garganta.

—Explíqueme eso, si puede.

Johnny lo pensó un poco.

—No conozco este asunto lo suficiente para opinar, pero se me ocurre que el criminal pudo estar vigilando la casa. Pudo verla llegar, reconociéndola. Tuvo tiempo sobrado de venir aquí, poner el veneno en la botella y volverse a marchar.

—Para eso debió conocer esta dirección, y si hubiera sido así y

realmente tuviera decidido matar a la muchacha, no habría esperado tanto.

—No necesariamente. Recuerde que ella le dictó sus señas al sargento antes de marcharnos. Lo hizo en voz alta, y la ventana estaba abierta de par en par. Usted mismo la abrió.

—¿Y vino corriendo, exponiéndose a que le encontrasen ustedes aquí?

—Ya le he dicho que tardamos más de veinte minutos en localizar un taxi. Añada usted el tiempo que tardó en el recorrido y verá que el individuo, si en verdad sucedió así, tuvo tiempo sobrado para su criminal trabajo.

—Ya veo... tiene usted imaginación, Slater.

—Es mi trabajo, ¿recuerda?

—Sí, ya sé... ¿Qué más le dijo la chica antes de morir?

—Nada de interés. En realidad, fue todo muy rápido.

Carminey asintió para sí. No estaba precisamente de humor.

De pronto, gruñó:

—Si aceptamos su teoría respecto a que el criminal estuvo escuchando cerca de la ventana abierta, se me ocurre que también debió escucharle a usted cuando dijo que se alojaba en el hotel Star.

Johnny se estremeció.

—Ya he pensado en eso, pero él no tiene nada contra mí.

—De eso no puede estar seguro.

La idea pareció agradarle a Carminey y esbozó una sonrisa.

—Apuesto que no dormirá usted tranquilo en ese hotel de ahora en adelante.

—Gracias por sus palabras de aliento, teniente.

—No me lo agradezca. Y ahora, váyase. Ya son dos las declaraciones que deberá efectuar en mi despacho, no lo olvide.

—Conforme, pero, ¿le importaría contarme ahora todo este lío, empezando por el principio?

—Me importaría. Lárguese antes que cambie de idea.

Johnny abandonó el apartamento, con la imagen de la pobre muchacha asesinada fija en su mente.

Era un recuerdo que tardaría mucho tiempo en olvidar.

Desde el hotel llamó a Nueva York, estableciendo comunicación con Jim Lake.

—¿Cómo te va? —inquirió este—. ¿La compraste al fin?

—No es tan fácil, compañero. En primer lugar, las cosas se han complicado de un modo imprevisible, con un par de asesinatos y la policía atosigándome.

Oyó perfectamente la exclamación de Jim Lake a través del teléfono.

—¡Johnny! —rugió—. ¿Qué infiernos has bebido?

—Justamente por no beber esta noche sigo vivo, muchacho.

Le contó brevemente lo sucedido y, al final, le espetó:

—Tú no me hablaste de un millón, bastardo.

—¿De qué?

—¡Un millón de dólares!

—Eso son fantasías. La cantidad, si mis cálculos no fallan, oscila alrededor de los doscientos mil.

—¡Un millón!

—¿Quién dijo eso?

—La policía. Y parecen saber muy bien de qué hablan. Han tenido seis años para investigar.

—No puedo creerlo...

—Otra cosa, Jim.

—Dime.

—¡Aunque compre la casa, no esperes que vaya a vivir allí!

—¿Porque tienes miedo del fantasma de ese ahorcado?

—De ese y otros más. De veras, muchacho. Hay algo siniestro en la maldita tumba en forma de castillo. El fulano que la construyó debía estar pidiendo la camisa de fuerza a gritos. Además está abandonada, sucia, con los muebles hechos trizas, el jardín en lamentable estado...

—Busca alguien que lo ponga en condiciones de ser habitado. Ya quedamos en eso desde el principio.

—Está bien, está bien, pero me gustaría que estuvieras aquí, amigo. Después de todo, te llevas la parte del león.

Sonó una carcajada y la comunicación se cortó.

Johnny estuvo un rato junto al teléfono, fumando un cigarrillo y reflexionando profundamente.

Al fin se fue al armario en busca de un pijama. Estaba cansado y ansiaba dormir con la esperanza de que al día siguiente viera las cosas con

menos pesimismo.

Entonces descubrió que alguien había andado enredando en las maletas. No es que hubiera mucho desorden, pero sí el suficiente para darse cuenta de que las habían registrado concienzudamente.

Maldijo por lo bajo.

De modo que el asesino había escuchado realmente desde el otro lado de la ventana. Se estremeció al darse cuenta de que era un individuo que no vacilaba ni se detenía ante nada.

Impresionado, comprobó que la puerta estuviera cerrada por dentro, aseguró las ventanas y, al fin, se durmió.

Espeluznantes pesadillas turbaron sus sueños. Y la lóbrega residencia que pretendía comprar no estaba ausente de ellas, por supuesto.

* * *

Le despertó el estridente sonido del teléfono. En los primeros momentos miró alrededor desconcertado. Luego, incorporándose, descolgó el auricular de un manotazo.

—Hable —gruñó.

—¿Slater?

Era una voz impersonal, profunda.

—Sí.

—No compre la casa de Custer.

Eso le despejó con más rapidez que una ducha helada. En cierto modo era eso, una ducha de hielo.

—¿Cómo dijo? —inquirió.

—No compre la casa —repitió la voz—, o acabará colgando también de una viga. No volveré a avisarle.

Sonó un chasquido y el teléfono quedó mudo.

Colgó a su vez. Aquello no admitía duda. Y menos sabiendo que el criminal ya había matado varias veces.

No obstante, la cosa no era tan sencilla.

Refunfuñando, saltó al suelo. Tomó una ducha, se vistió y bajó a desayunar.

Al mismo tiempo pidió que le trajeran un coche de alquiler por medio de la administración del hotel.

Después llamó al teniente Carminey, cuya voz le llegó cansada y soñolienta. Con toda seguridad había pasado la noche peor que él.

—¿Cuándo debo pasar para esas declaraciones? —preguntó.

—Estoy muy ocupado esta mañana. Yo le avisaré. No es nada que corra prisa.

—De acuerdo. ¿Algo nuevo?

—Tan solo que la botella de *whisky* contenía veneno suficiente para liquidar una manada de búfalos.

—Los búfalos no beben *whisky*, teniente.

Colgó, íntimamente satisfecho por haber apabullado una vez más al policía.

El coche era un «Mercury» convertible, último modelo. Lo habían dejado frente a la entrada del hotel y el portero le entregó las llaves.

Condujo rumbo al edificio de Terence y Colman, reflexionando todo el tiempo en la amenazadora llamada. La cosa tomaba un cariz desagradable. Pensó que Colman debía pagar también su parte y con este consolador pensamiento estacionó el coche en el aparcamiento privado de los agentes de fincas.

La espectacular rubia le sonrió esplendorosamente cuando le vio.

—Anoche sonó mi teléfono —dijo—, pero no era usted.

—Ojalá la hubiera llamado —dijo con fervor—. Todo hubiera sido más agradable.

—¿Tan mal le fue?

—Peor. ¿Qué le parece si me anuncia a su jefe?

—Acaba de llegar.

Manipuló en el intercomunicador. Instantes después. Johnny estaba en presencia del hombre de negocios.

Se adivinaba que a Colman le costaba un esfuerzo mostrarse tan jovial como tenía por costumbre. No cabía duda que la policía le había informado de cuanto sucediera en la casa y estaba convencido de que la operación se había hundido irremisiblemente.

Después de los saludos de rigor, Johnny dijo:

—Fue una visita muy accidentada...

—Me gustaría encontrar palabras con que expresarle mis sentimientos —le atajó Colman—. Lamento extraordinariamente que...

—¿Habló con la policía?

—Ellos hablaron conmigo.

—Entonces, ya sabe lo que encontré allí.

—Lo sé. Algo horrible... ¡Un ahorcado! Espantoso.

—Y un teléfono.

—¿Qué?

—¿No se lo contaron también?

—Ni una palabra. En realidad, no comprendo lo que quiere decir.

—Sonó un teléfono en el caserón.

El hombre le miró tan estupefacto que por unos instantes fue incapaz de hablar. Después balbució:

—¿Quiere burlarse de mí, señor Slater?

—Nada más lejos de mi imaginación. Le digo que mientras estuve allí

oí el timbre de un teléfono.

—¿No comprende que es imposible? No hay ningún teléfono en la casa. Hace seis años que nadie vive allí. Y, aunque lo hubiera, la compañía lo habría desconectado hace años por falta de pago.

—A pesar de todo, insisto en que lo oí. Y no fui yo solo.

—Quizá una ilusión... —hizo un ademán como alejando de sí tan molesto tema y dijo sin mucha convicción—: De todos modos es mejor olvidarlo. Estoy seguro que encontraremos otra casa que le convenga, señor Slater.

—¿Otra casa? —Johnny sonrió—. ¿Quién habló de otra casa?

—¿Quiere decir que... que sigue pensando comprarla?

—Bueno, siempre que no aparezcan más cadáveres en los dormitorios. En serio, señor Colman. Mi idea respecto a la casa no ha cambiado, pero visto lo sucedido creo razonable volver a hablar del precio.

El agente suspiró. Le costó hacer grandes esfuerzos para disimular su entusiasmo.

—Bueno... el precio ya es extraordinariamente ajustado. La finca vale el doble de lo que piden...

—Tal como está, y en las actuales circunstancias, jamás la venderá como no aparezca otro tipo tan loco como yo. Y eso reconozco que es difícil.

Colman trató de reír la ocurrencia, pero la voz le falló.

—¿Cuánto... cuánto cree usted?

—Digamos... que... diez mil menos.

—No habla en serio.

—Seguro que sí. Rebaje diez mil y firmamos ahora mismo.

—Imposible... cinco mil, quizá... y debería consultar con la junta de acreedores propietaria actual de la finca...

—Nada de consultas. Y diez mil menos.

—Cinco.

—Ocho.

Colman suspiró.

—Seis mil —musitó con la misma expresión que si le arrancaran una muela.

—Siete mil quinientos. ¿Hecho?

—Usted gana. Rebajaremos siete mil quinientos dólares de la cantidad total.

—Quiero algo más a cambio —dijo Johnny.

Colman volvió a temblar.

—¿No le parece suficiente esa cifra? —jadeó.

—En eso estamos de acuerdo. Pero añada usted la historia completa de la casa y de cuanto sucedió en ella. Eso es todo.

Colman asintió, pero reflexionando a velocidad de vértigo. Temió que si el posible comprador conocía los detalles de la espeluznante historia, jamás compraría, así que adaptó una decidida determinación.

—No veo ningún inconveniente —dijo—, pero entre tanto permítame dar instrucciones respecto a la escrituras y demás documentos. Están preparados, a excepción de la cantidad, la fecha y su nombre completo...

Mientras hablaba, se había levantado y como final murmuró:

—Son solo unos minutos.

Y le dejó solo.

Johnny sonrió al encender un cigarrillo. Esperó pacientemente, seguro de que al fin sabría todo lo que había detrás de la asombrosa residencia que iba a adquirir.

Cuando Colman regresó lo hizo seguido de la provocativa Mac Jerome, que era quien traía los documentos.

—Aquí están —anunció el agente—. Firmados por la junta de acreedores, legalizados y sellados. Solo falta su firma y la mía como testigo.

Demostraba una ansiedad apenas disimulada. Ni él mismo pensó jamás que la casa llegara a venderse.

Johnny firmó sin titubear. Únicamente perdió el tiempo justo de comprobar la cantidad escriturada. Después extendió un cheque, que empujó a través de la mesa y dijo:

—Y ahora, señor Colman, la historia.

El hombre de negocios despidió a su secretaria con un ligero ademán.

—Por supuesto, por supuesto, se la voy a contar. Solo espero que no sea usted una de estas personas pusilánimes capaces de sentir... este... respeto por algo que sucedió hace años.

—Mire, si no he desistido de comprar después de encontrarme con el tipo pendiendo de una viga, no tiene por qué preocuparse por nada más.

Colman suspiró, lleno de satisfacción.

Y empezó su relato.

—Douglas Custer fue el único hijo de una dinastía orgullosa, fatua y degenerada. Sus padres llegaron a ser los más temidos de la ciudad, tanto por su poder como por su egocentrismo. Douglas creció solo, aborrecido incluso de sus compañeros de Universidad, hasta que la abandonó, incapaz de soportarlo. Eso moldeó su carácter, convirtiéndole en un individuo amargado, solitario y resentido.

—¿Cuándo compraron la casa? —le instó Johnny.

—No la compraron. El padre de Douglas la mandó construir imponiendo sus puntos de vista al arquitecto.

—Ya veo.

—El hijo la heredó junto con el resto de la fortuna cuanto sus padres murieron en un accidente de automóvil. Él contaba entonces veintiún años.

—¿Siguió con los negocios de la familia?

—Intentó continuarlos, por lo menos, pero no estaba dotado para eso. En poco más de nueve años había arruinado la casi totalidad de sus empresas. Entonces, concentró sus esfuerzos en las dos últimas que le quedaban y consiguió sostenerlas mal que bien, gracias principalmente a los directivos, que se impusieron el deber de salvarlas de la catástrofe.

—Ya veo. ¿Cuándo se casó?

—Había cumplido ya treinta y cinco años cuando conoció a la que luego sería su esposa, Clindy Chalice. Ella era por entonces una estrella de revista musical, bella y espectacular, con un cuerpo sinuoso que exponía casi desnudo en sus actuaciones y una experiencia enciclopédica de la vida.

—Debió fascinarlo.

—Algo más que eso. Pareció haberle embrujado. Bien es verdad que Douglas no tenía excesiva experiencia sobre mujeres. Siempre había vivido solo, apartado de la sociedad que correspondía a su estamento social. Bien, se casaron ante el estupor del gran mundo. Eran tan diferentes como la noche del día, pero ella era toda una belleza, y lo que es más, sabía lo que quería.

—Y lo que quería era la fortuna de los Custer —remachó Johnny irónicamente.

—Ni más ni menos. Durante unos meses todo fue bien. Douglas, incluso, se volvió sociable... pero después las cosas se complicaron. Sus negocios volvieron a tambalearse. Contrajo deudas y de nuevo fue el hombre taciturno y desagradable de siempre.

—¿Y ella?

—Realmente, Clindy había adquirido un gran ascendiente sobre Douglas Custer, Según se supo después, cuando policía investigó, fue ella quien le instó a llevar a cabo gran proyecto final.

—Hábleme de eso.

—Antes es preciso que comprenda la situación económica de la pareja. Tenían dos negocios que estaban hundiéndose día a día. Habían contraído deudas y no veía la manera de salir del apuro Además, Douglas no era el hombre adecuado para apretarse el cinturón y volver a empezar. En realidad, nunca había empezado nada. Todo se lo dieron masticado y él lo engulló.

—Conozco a ese tipo de gentes.

—Sí, claro... Bien, se vieron atrapados. Y entonces, de alguna forma, nació la gran idea. Liquidar lo que quedaba, pretextando que el dinero se iba a invertir en unos yacimientos de uranio. Incluso Douglas Custer pidió y obtuvo préstamos de las amistades de sus padres, que confiaron más en el uranio que en él, dicho sea de paso. Reunió alrededor de un millón de dólares, según se pudo calcular después.

—¿Y...?

—Simplemente, desapareció.

—¿Cómo?

—Eso, se esfumó. Su mujer explicó que había emprendido un viaje relacionado con los yacimientos de uranio, pero tres meses después nadie había recibido una sola noticia de él.

—¿Intervino entonces la policía?

—No tardaron mucho. Investigaron, pero sin resultado. El millón de dólares se había volatilizado al mismo tiempo que Douglas Custer. No pudieron descubrir ni la sombra de una pista.

—Ya veo...

—Entonces empezaron a sospechar de Clindy. A decir verdad, y según leí en los periódicos por aquellas fechas, la actitud de ella resultó más que sospechosa. Tuvo algunas contradicciones en su declaración, se mostró nerviosa y asustada, y, al fin, la policía presentó una acusación contra Clindy Custer.

—No creo que tuvieran mucho éxito...

—La soltaron como a un hierro candente. No había más que sospechas, pero ninguna prueba. El marido había desaparecido llevándose un millón en efectivo, pero ella seguía a la vista del público, viviendo en la casa en compañía de dos sirvientas... y con muy escasas posibilidades económicas.

La policía, no obstante, prosiguió investigando, acosándola, seguros de que ella había asesinado a su marido para quedarse con el dinero, enterrando el cuerpo en alguna parte, No consiguieron nada.

—Y entonces ella también desapareció, ¿no es eso?

—Ni más ni menos. Un día, la policía fue a la casa con ánimo de hacerle más preguntas y se encontraron que se había ido... solo que dejando atrás un hombre colgado de una viga.

Johnny se enderezó.

—¿En la misma habitación que...?

—La misma.

—Ya veo. ¿Quién era él?

—Nunca fue identificado. Carecía de documentos, era forastero, joven y fuerte y nadie le conocía. Corrió el rumor de que había sido el amante de Clindy, pero nunca se comprobó.

—Bueno, imagino que ella se asustaría y huiría con el millón.

Colman sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nadie que tenga un millón contante y sonante en las manos se arriesga falsificando un cheque de setecientos dólares.

—¿Eso hizo ella?

—Lo hizo. Fue en Atlantic City, meses después de su desaparición, pero cuando la policía quiso seguirle la pista se había esfumado otra vez.

—Ya veo. Ahora comprendo que el teniente Carminey haya hecho una cuestión personal de este asunto. Imagine que se llevaría la gran sorpresa de su vida cuando ayer encontró al otro ahorcado en la misma habitación.

—Durante seis años han estado interesándose por los posibles compradores de la casa. Y eso les ha proporcionado no pocas rabietas. La primera cuando descubrieron el cadáver de una mujer en la casa.

—¿Qué mujer?

—Era de Oakland. Según pudieron establecer, había leído todo lo que se escribió sobre el asunto, y un día se introdujo en la casa para buscar el supuesto millón de dólares que debía estar escondido en alguna parte. Solo que en lugar del dinero encontró la muerte. La asesinaron estrangulándola.

Johnny se estremeció.

—Pues sí que he comprado un lugar divertido —comentó, sonriendo forzosamente.

—Bueno, resumiendo, los acreedores de Custer hicieron cuanto pudieron para recobrar parte de su dinero. Fracasaron, excepto con la casa. Pudieron hacerse con ella al cabo de algunos años y la pusieron en venta.

—Y yo la acabo de comprar ¿Está seguro que no hubo más cadáveres en aquel mausoleo?

—Otro.

—¿Otro fiambre? —jadeó Johnny, casi saltando fuera de la butaca.

—Otra mujer.

—Siga, siga —le animó al ver que se había interrumpido.

—Tampoco fue identificada entonces. Estrangulada, cuando la descubrieron hacía mucho tiempo que había muerto y la descomposición

dificultó el trabajo de los expertos de la policía.

—Bueno, pues a juzgar por lo sucedido desde mi llegada, la racha de crímenes no ha terminado ni mucho menos...

—Ahora ya lo sabe todo, señor Slater —suspiró Colman, satisfecho.

—Una cosa más aún. En esos seis años transcurridos, ¿nunca apareció nadie interesado en comprar la casa de los Custer?

—Bueno, la casa jamás se puso en venta, hasta qué los acreedores consiguieron la sentencia del tribunal favorable a sus intereses. Entonces la anunciamos y hubo unos cuantos curiosos, pero ninguno verdaderamente interesado en comprarla.

—Hasta que aparecí yo.

—Justamente.

—Imagino que los acreedores darán un salto hasta el techo cuando reciban el dinero —comentó con ironía, levantándose—. De todos modos, sospecho que habrían realizado un mejor negocio demoliéndola piedra por piedra hasta encontrar el millón.

—Si es que está allí realmente.

—Tal vez lo encuentre yo cualquier día. Soy un tipo muy afortunado.

Se despidió. Colman le escoltó hasta el despacho de su secretaria creyendo apenas que la operación estaba realizada y que ya nunca más debería preocuparse por aquella pesadilla de edificio, prácticamente invendible.

Johnny se detuvo junto a la rubia.

—Se me ocurre que la próxima noche sería una buena ocasión para celebrar cualquier cosa —dijo.

—Pruebe a ver.

—¿Seguro que su teléfono consta en la guía?

—Lo encontrará sin dificultad, pero no me cite en su nueva... «residencia». No me gustaría morir de un ataque cardíaco.

El enseñó los dientes en una mueca.

—Allí nadie muere de ataques cardíacos —dijo solemnemente, añadiendo—: Simplemente, los ahorcan... y a las mujeres las estrangulan.

Ella se estremeció.

—Tiene usted un sentido del humor muy sospechoso, señor Slater.

—Johnny.

—Mientras yo esté detrás de esta mesa, usted es el señor Slater.

—Esperaré a la noche —se resignó él.

Y salió.

Anocheecía cuando Johnny terminó de formular su declaración a un estenógrafo de la policía, en presencia del teniente Carminey.

El estenógrafo salió de la oficina para mecanografiar la declaración. Carminey comentó entonces:

—Así que la compró, a pesar de lo sucedido.

—Le dije que lo haría.

—Nunca lo creí. Usted debe de estar loco. ¿Qué espera encontrar allí, el millón de dólares desaparecido?

—Quizá algún otro cadáver.

—¿Ha pensado que ese cadáver podría ser el suyo?

—No sea usted ave de mal agüero, teniente. El asesino no tiene nada contra mí.

—De eso no estoy seguro. Oiga, ¿de veras va a vivir allí?

—Para eso he pagado buen dinero. Ya tengo una brigada de trabajadores restaurándolo todo, incluido el jardín. Pero, ¿de veras cree usted que el millón de dólares quedó en la casa?

—Nadie sabe qué fue del dinero. Pudo quedar allí cuando la mujer huyó. Sabemos que ella no se lo llevó, de otro modo no habría corrido el riesgo de ser descubierta cuando falsificó un cheque en Atlantic City.

—El señor Colman me contó lo que él conocía del caso, pero dijo que algunos de los cadáveres no fueron identificados. ¿Es eso cierto?

Carminey asintió, a regañadientes.

—Parece increíble, pero es así. Solo uno creemos que era un tipo llamado Dutch Dawis, el amante de Clindy Custer.

—Pero no están seguros.

—No hay nada seguro en este maldito caso.

—Excepto los fiambres. Eso es seguro que murieron.

—¿Es otro de sus chistes?

—Olvídalo. Pero ahora la casa es mía y es lógico que quiera conocer todos los detalles posibles.

—La curiosidad mató al gato —refunfuñó el policía.

—Pues su propia curiosidad no es ningún juego tampoco, teniente. Le ha mantenido seis años husmeando este asunto.

—Yo lo empecé y yo voy a terminarlo. Algún día esa maldita zorra cometerá un error y entonces la cazaré.

—¿Clindy Custer?

—¿Quién otra?

—Usted bromea, hombre. ¿De veras cree que una mujer puede haber cometido esta cadena de crímenes?

—Lo creo, naturalmente.

—Esa Clindy debe ser un fenómeno para matar a un tipo colgándolo de una viga. A dos tipos para ser más exactos. ¿Ha pensado en la fuerza que se

necesita para eso?

—No tanta si el tipo está inconsciente cuando es ahorcado.

Johnny se enderezó.

—¿Es así como...?

—El primero, el supuesto Dutch Dawis, fue narcotizado antes de colgarlo. El segundo, George Turnboom, recibió un golpe en la nuca que le dejó inconsciente. Estaba inconsciente cuando murió. El forense es categórico en eso.

—Ya veo... Es usted un buen sabueso Carminey, de veras.

—Es mi trabajo. Además, tengo otra razón para haber esperado...

—¿Sí?

—Han pasado seis años desde que empezó todo esto. Yo era sargento entonces. Bueno, el cadáver de Custer nunca fue encontrado, de modo que, legalmente, no está muerto. No lo estará hasta que hayan transcurrido siete años... y entonces, algo sucederá.

—¿Por qué?

—Sabemos que en alguna parte hay algún pariente. Una hermana de Clindy que nunca localizamos hasta que el asesino la mató. Y debe haber más. Saldrán reclamando la posible herencia, aunque usted se les haya adelantado comprando esa maldita tumba.

Johnny pesó fugazmente en Jim Lake y se encogió de hombros.

—Va a necesitar usted mucha suerte para cazar a esa mujer... suponiendo que sea ella quien haya matado a tanta gente.

Carminey gruñó entre dientes, pero no replicó, porque en ese momento se abrió la puerta y el estenógrafo entró trayendo unos papeles.

—Puede firmar —anunció el teniente cuando volvieron a quedar solos—, pero antes léalos... no quiero reclamaciones después.

Johnny dio un rápido vistazo a su propia declaración y acabó firmándola sin más trámite.

Cuando se levantaba, Carminey dijo con voz lenta:

—Hay algo que quiero decirle...

—Adelante.

—Si tiene usted la idea de que encontrará ese millón de dólares, es mejor que lo olvide. Yo registré la casa palmo a palmo, tanto para encontrar el dinero, como para localizar la posible tumba de Douglas Custer. No hallé nada en absoluto, ni siquiera en el sótano.

—¿Sótano?

—Creí que lo sabía. Hay un gran sótano bajo la casa. Bueno, pensamos que Custer había sido enterrado allí y vuelto a extender cemento después. Fue un fracaso. Sea lo que sea que esa mujer hizo con el cuerpo, fue un buen trabajo por su parte.

—Eso debería convencerle de que no le mató. O de que, por lo menos,

no lo enterró en la casa.

Carminery se encogió de hombros.

—Quizá no —dijo sin convicción—. Cuídese, Slater.

Este le miró con las pupilas entrecerradas.

—Siempre he sabido cuidarme —dijo, y abandonó el despacho del policía.

Regresó al hotel, donde se cambió de ropas. Luego buscó el número de Mac Jerome en la guía y la llamó.

La voz de terciopelo de la muchacha pareció susurrar a través del auricular.

—Habla Johnny —dijo él—. Ahora no está usted detrás de ninguna mesa.

—Hola, Johnny. ¿Hubo alguna dificultad para encontrar mi número?

—Ninguna. ¿Qué le parece esta noche?

—¿No cree que es ya muy tarde?

—¿Tarde? Si ni siquiera ha empezado la noche.

—Recuerde que soy una chica que trabaja.

—Pensaremos en eso más tarde. Voy a por usted.

Hubo un corto silencio. Luego, la rubia murmuró:

—Está bien, Johnny. Mi dirección también consta en la guía.

Y colgó.

El anotó las señas y salió disparado del hotel.

Había dejado el «Mercury» al otro lado de la calle para ahorrar tiempo cuando llegó, de modo que fue en su busca silbando entre dientes, pensando en la rubia.

Un motor rugió endiabladamente fuerte en alguna parte. Johnny dejó de silbar y ladeó la cabeza, sorprendido.

El coche no llevaba luces. En realidad, fue solo una mancha oscura lanzándose contra él igual que un monstruo de acero, zumbando sobre el asfalto.

En décimas de segundo, Johnny comprendió que no tenía tiempo de atravesar la calle y ponerse a salvo en la acera. Tampoco había ninguna oportunidad retrocediendo.

El auto asesino se precipitó sobre él como una bala. Johnny aspiró fuerte y saltó. Fue más bien un vuelo planeado que le llevó fuera del alcance del vehículo, que casi le azotó, y el aire desplazado violentamente le hizo dar una voltereta antes de aterrizar violentamente contra el asfalto.

Cuando se incorporó, el coche había desaparecido. Le dolía todo el cuerpo y maldijo lleno de ira.

Sacudiéndose el polvo, comprobó que las ropas no habían sufrido mayor daño. Oyó los comentarios de algunos testigos del atentado, de modo que subió al coche y se escabulló antes que alguno de ellos quisiera

profundizar un poco más en el extraño «accidente»...

Pero ahora sabía que él había ingresado en la lista del criminal.

—Pues no es un honor precisamente —rezongó para sí.

Durante todo el trayecto estuvo preocupado por ese hecho indiscutible. Debería vivir prevenido o de lo contrario, en otra ocasión quizá el asesino tuviera éxito... y Johnny Slater sería otra de las leyendas del caserón que perteneciera a Douglas Custer.

Esa posibilidad puso escalofríos en su piel, pero siguió adelante, porque la rubia, a su manera, también era importante.

Y no poco, si uno recordaba las sinuosidades de su soberbia anatomía.

Y Johnny no las había olvidado.

—Es muy tarde, Johnny —le recordó ella, dejándose mecer entre sus duros brazos a los acordes de una orquesta bien conjuntada, en la pista del Paradish Club.

Habían cenado en un buen restaurante. Luego, ella había elegido el sitio para bailar un poco. Debía retirarse pronto porque a la mañana siguiente...

Y el reloj señalaba las dos y treinta minutos.

—Hay tiempo —replicó él, apretando un poco más sus trazos en torno al cuerpo que palpitaba junto a él—. No estropeemos esta noche, querida.

Ella se abandonó al abrazo y siguieron bailando, hablándose en voz baja y soñando.

Por lo menos, él había olvidado incluso el atentado de que fuera objeto.

—Mac...

—¿Sí, Johnny?

—Me pregunto por qué tardé tanto tiempo en conocerte. Ella rio.

—Porque estabas en Nueva York y yo en San Francisco.

—No es tan sencillo. Cuando un hombre y una mujer tienen tanto en común... parecen hechos el uno para el otro, el destino debería facilitarles el primer encuentro.

—Nunca sospeché que fueras un romántico.

—No te burles. Estoy perdiendo el control por tu causa.

—No te creo una palabra, pero me gusta oírte decir eso.

—Nunca en mi vida hablé tan en serio.

Los labios terriblemente atractivos de la muchacha estaban apenas a dos pulgadas de los suyos. Mientras los miraba, fascinado, quedaron a una pulgada.

Cuando la música cesó, la distancia había desaparecido y los labios de ambos luchaban apretadamente, en un combate en el que no podía haber vencedores ni vencidos.

Tardaron algunos segundos en advertir que estaban solos en medio de la pista y que se habían convertido en el centro de la divertida curiosidad general.

Mac dio un respingo y susurró:

—Sácame de aquí, Johnny.

—Está bien.

No volvieron a hablar hasta que estuvieron sentados en el coche. Entonces, él murmuró:

—Esos papanatas nos interrumpieron en mitad del diálogo.

—¿Qué diálogo?

El inclinó la cabeza hasta que de nuevo sus labios se encontraron y la situación se restableció a satisfacción de los dos.

Mucho más tarde alguien tosió muy cerca. Johnnyladeó la cabeza y vio la corpulenta figura de un guardia uniformado, que estaba mirándoles con el ceño fruncido.

—¿No tienen otro lugar más discreto que este para sus expansiones, jóvenes? —gruñó el policía.

—Esté... seguro...

—Pues andando. Y que conste que esperé un siglo antes de estropearles la fiesta.

—Ya veo... debió divertirse, ¿eh? —rezongó Johnny, poniendo el motor en marcha.

—No me quejo.

Le oyeron reír cuando el auto se alejó. Mac suspiró:

—Tengo la firme convicción de que si continúo a tu lado acabaremos la noche en un calabozo, Johnny. ¿No puedes comportarte de modo más sensato?

—¿Lo deseas realmente?

Ella no necesitó pensarlo mucho.

—No —musitó.

—Eso me tranquiliza. Dime otro lugar en el que divertirse.

—Es demasiado tarde, querido. He de volver a casa.

—No me digas que tienes una anciana madre esperándote con ansiedad...

—Vivo sola, aunque eso ya lo sabes. Pero es muy tarde para mí. A las nueve he de...

—Olvidalo. Tenemos infinidad de cosas de que hablar.

—Imagino a lo que tú llamas hablar.

—¡Diablos! Es el lenguaje más viejo del mundo.

—Así y todo he de volver a casa —insistió la muchacha, aunque bien es verdad que sin demasiada convicción.

—Está bien —accedió—, te llevaré con una sola condición.

—¿Cuál?

—Que me invites a la última copa de la noche.

—¿En mi apartamento?

—¿Es que no tienes ningún licor?

—Sí, por supuesto...

—Entonces, vamos allá.

Ella se recostó en el respaldo y cerró los ojos.

—¿Sabes una cosa, querido?

—Dímela.

—En el fondo, creo que siempre supe que sucedería eso.

—Yo también.

—¡Johnny!

Él sonrió de aquella forma que la desarmaba.

—No te sulfures. La ira estropea el cutis, primor.

Ella sonrió en la oscuridad y volvió a cerrar los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, el coche se deslizaba pegado a la acera hasta que se detuvo.

—Hemos llegado, nena.

El apartamento era pequeño, pero contenía la atmósfera precisa para hacer sumamente agradable la estancia en él.

Johnny no pudo evitar el recuerdo de su última cita anterior. Quizá por eso dijo:

—¿Dónde tienes las bebidas? Yo las prepararé mientras tú te cambias de ropa.

—En el refrigerador hay hielo, y las botellas y vasos en el estante de la librería.

La muchacha desapareció tras una puerta. Johnny examinó las botellas descorchadas, olfateándolas una a una. Suspiró, aliviado al no advertir el menor rastro del hedor que causaba la muerte.

Cuando ella regresó, ataviada con un jersey de suave lanilla y unos pantalones ajustados que la moldeaban como una segunda piel, las bebidas estaban a punto y ambos brindaron en silencio.

Después, él murmuró:

—Esta debería ser la última copa... solo que es un vaso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no encontré copas, nena.

Mac sonrió.

—Johnny...

—Si pretendes despedirme, olvídalo. La noche es joven como dijo alguien.

—¿De veras piensas vivir en aquella horrible casa?

El enarcó las cejas.

—¿A qué viene eso?

—Me intriga. Estaba cansada de oírle decir al señor Colman que no habría ningún loco capaz de habitarla con todo lo que había sucedido allí, y contando con su espantosa construcción. Por eso mostró tanto interés en endosártela...

—En primer lugar, no me la endosó. Yo vine desde Nueva York exclusivamente para comprarla, aunque al llegar te encontré a ti y eso es mucho más importante para mí.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Si hasta ahora no creíste en el flechazo, solo mírame y verás a una víctima de él.

—Nunca sé cuándo hablas en serio —se quejó la muchacha.

—Jamás he hablado tan en serio como ahora, pequeña. Creo que estoy enamorado de ti.

—¿Crees?

—Estoy seguro.

Sintió el leve palpitir del cuerpo prieto y adorable entre sus manos y se estremeció.

—En realidad —murmuró—, eres un sueño hecho mujer. Lo malo para mí sería despertar de ese sueño, pero mientras eso no ocurra todo está bien. ¿Sí?

Ella asintió con un intenso brillo en sus inquietantes ojos llenos de misterio. Johnny buscó sus labios y no hubo dificultad alguna en hallarlos.

De nuevo el éxtasis de su amor les transportó a regiones jamás imaginadas, abandonados uno en brazos del otro.

Acomodados en el diván, mucho más tarde, él comentó:

—Se me ocurre que cuando amanezca te desvanecerás, como el personaje de un cuento de hadas.

—Deja de soñar. Estamos juntos y aún no amanece. Eso es importante.

—Maldito si me importa que amanezca o no.

—¿Olvidas que debo ir a la oficina?

Johnny sé removi6, disgustado.

—Me gustaría que no fueras nunca más a ese despacho —masculló—. No me fío de Colman.

—¿Por qué?

—Bueno, es tu jefe, ¿no? Puede tener ideas respecto a ti. Y él es apuesto, aristocrático diría yo. Y posee modales suaves y educación refinada. No, maldito si me fío de él.

Mac se echó a reír de buena gana.

—Llevo dos años trabajando en la oficina y nunca trate de propasarse conmigo. En cuanto a su suavidad, el señor Colman puede ser extremadamente desagradable si se lo propone. Le he visto enfurecerse en dos ocasiones y te aseguro que me asustó, a pesar de que su enfado no tenía nada que ver conmigo...

—Mira, yo sé lo que me digo. ¿Es casado?

—No, sigue soltero. Un soltero muy solicitado en sociedad. Hay que ver la cantidad de llamadas invitándole que recibe.

—Peor que peor.

—Olvidalo. Si en dos años no se insinuó siquiera, ¿por qué habría de hacerlo ahora?

—Entonces, nena, ¿al diablo Colman?

—Es mi jefe... pero ¡al diablo!

La abrazó, sintiéndose el mortal más feliz de la tierra...

Solo que no se detuvo a reflexionar sobre el hecho de ser «mortal».

Eso equivale a poder morir en el instante menos esperado. Un instante quizá muy próximo.

Pero en la acogedora intimidad del apartamento de la muchacha toda idea que no fuera de felicidad, placer y amor, estaba descartada de antemano.

Así que se entregó al amor echando por la borda todo lo demás. Ese fue su error.

Hasta pasados tres días, Johnny no volvió por la mansión que había comprado.

Habían sido tres días bien aprovechados en muchos conceptos.

Tanto en el aspecto puramente amoroso, como en el del trabajo realizado por los hombres contratados para poner la casa en condiciones.

El jardín, limpio de maleza, estaba preparado para ser replantado. No quedaba el menor rastro de las hierbas y matorrales y hasta los árboles parecían más altos y más verdes.

Pero fue en el interior donde Johnny comprobó el magnífico trabajo realizado. Ni polvo, ni tapices hechos trizas ni alfombras apolilladas.

Todo relucía, en perfecto orden. Incluso algunos de los muebles habían sido barnizados y todo daba la impresión de un lugar cómodo y confortable, sin que por eso la monstruosidad arquitectónica perdiera su aire lóbrego y siniestro.

Incluso en la mesita de hierro que ya descubriera había un teléfono que al descolgarlo dio la señal de línea al instante.

—Esto parece que ha cambiado —monologó, mirando complacido a su alrededor.

Volvió a depositar el auricular en su sitio y se encaminó a la escalera. Quería inspeccionar el piso superior antes de bajar al sótano.

Había subido tres escalones cuando el teléfono escandalizó a sus espaldas.

—¡Mac! —exclamó.

Corrió al aparato, descolgándolo con entusiasmo.

—¡Dime!

—¿Slater?

No era la muchacha, sino la voz profunda que ya conocía.

—Sí, soy yo, Slater, y usted es el fantasmón. ¿Qué quiere ahora?

—Le advertí que no comprara la casa.

—Otras veces me aconsejaron cosas peores.

—No vivirá usted lo bastante para disfrutar del dinero, Slater.

—¿Es eso lo que tenía que decirme?

—Eso es todo.

—Entonces, váyase al infierno.

Y colgó.

Pero no estaba tan seguro de sí mismo como había pretendido demostrar a través del auricular. Sabía que aquel tipo no amenazaba en

vano, que ya había cometido otros muchos asesinatos y que uno más no le quitaría el sueño.

Tras pensarlo un poco llamó a Mac a la oficina. Después de la voz amenazadora del hombre, escuchar la suave música de la que correspondía a la muchacha resultó un buen sedante para sus alterados nervios.

—¿Todo está bien, linda? —preguntó.

—Perfecto. ¿Dónde estás, Johnny?

—En la «casa». Vine a ver cómo había quedado. Los restauradores hicieron un buen trabajo.

—Digas lo que digas, yo no viviré en ella jamás.

—Como quieras. Dime, ¿a qué hora paso a buscarte?

—No estoy muy segura. Hoy el jefe se retrasa, y cuando eso ocurre luego trabaja hasta más tarde. A veces necesita de mí, pero en otras ocasiones me dice que puedo irme. En este último caso saldría a las cinco.

—Entonces te llamaré otra vez antes de esa hora. ¿Sigues siendo tan linda como la última vez que te vi?

—No ha pasado tanto tiempo como para cambiar.

—Bueno, es que en ocasiones creo estar soñando y no estoy seguro de que tú seas real, ¿sabes?

—Has tenido ocasiones sobradas de comprobar que soy real... y sólidamente corpórea.

Oyó la risa suave de la muchacha y él también sonrió.

—Sobre todo corpórea —remachó—. Hasta luego, cariño.

Colgó. Entonces llamaron a la puerta, y al abrirla se encontró con el teniente Carminey y su inseparable sargento Lawrence.

—Pasen —dijo—, quiero que vean esto.

Entraron. Ninguno de los dos disimuló la impresión que aquello les causaba.

Carminey comentó:

—Ahora está igual que cuando empezó todo... o casi. Entonces no habían asesinado aún a tanta gente.

—Teniente, usted es capaz de estropear cualquier cosa con su maldito sentido del humor.

—¿Dónde está el humor en un montón de asesinatos?

—No lo sé.

—¿Han limpiado y restaurado todo el edificio?

—Por lo menos, eso fue lo que yo ordené. Me disponía a comprobarlo ahora.

—No queremos hacerle perder tiempo, Slater —dijo Carminey con su peculiar acento lúgubre—. Hemos venido por un motivo determinado.

—Veámoslo.

—¿No cree que ya ha llegado la hora de que hable claro, Slater?

Johnny enarcó las cejas.

—¿A qué se refiere?

—A su interés por comprar esta casa.

—Ya le dije que...

—Mintió.

—No me gusta que nadie me llame embustero, teniente.

—Aguántese. ¿Creyó que yo era idiota o qué?

—Pensé muchas cosas de usted, y le confieso que pocas de ellas agradables, pero jamás imaginé ni remotamente que fuera idiota.

—Bueno, pedí informes suyos a Nueva York. Realmente, es usted un autor de cierto renombre. Ha ganado bastante dinero, pero no el suficiente para establecerse en un lugar como este.

—Ya veo.

—Un tipo rudo, crecido y desarrollado en el West Side, una escuela endiablada, según lo que yo sé. Bueno, conforme, todo esto está bien. Pero alguien ingresó una suma importante en su cuenta poco antes de que usted emprendiera el viaje a San Francisco... una suma casi exacta a la que pagó por este mausoleo.

—Ahí es donde metí la pata —reconoció Johnny tranquilamente.

—Bien, le escucho.

—Aún no.

—¿Qué quiere decir con eso?

—La cosa no depende de mí solamente. He de consultar con ese «alguien» que mencionó usted.

Carminey suspiró, impaciente.

—¿Por qué perder tiempo? Usted acabará diciendo la verdad. Puede empezar ahora, para variar.

—No puedo. Hablaré con esa persona por teléfono y luego usted saldrá de dudas.

—¿Cuándo?

—Esta noche, después de las nueve. Le llamaré a su oficina desde aquí.

Lawrence murmuró:

—Me parece razonable.

—Esperaré —decidió el teniente—. Pero déjeme decirle que será usted más tonto de lo que le supongo si trata de esquivar esta explicación.

—No haré nada de eso.

—Estaré esperando su llamada, Slater.

Giraron sobre los talones y se fueron.

Johnny cerró la puerta, pensativo. Realmente habría de aclarar su posición con el teniente o no podría quitárselo de encima.

Un apresurado recorrido por el edificio le demostró que rodo estaba en orden.

Entonces se dirigió a la escalera del sótano, que se iniciaba en la despensa, y descendió encendiendo las luces eléctricas, restablecida ya la corriente.

Contempló asombrado las vastas proporciones del sótano, abovedado, con muros de piedra maciza, desnudo de todo mueble y en el que solo había dos enormes calderas. La del agua caliente y la de la calefacción.

No había nada de interés allá abajo. Observó la humedad en el suelo y las paredes y eso fue todo. El aire estaba viciado y olía a moho.

Encendió un cigarrillo. Al fin tenía la propiedad de la casa, pero faltaba lo más problemático y difícil. Jim Lake debería colaborar a fondo si querían obtener el resultado apetecido.

Cuando hubo apurado el cigarrillo abandonó el sótano disponiéndose a telefonar a Jim Lake. Subió la escalera de piedra, viendo al llegar arriba que el aire debía haber entornado la puerta de la cocina y la despensa estaba sumida en penumbra.

Tanteó la pared en busca de la llave de la luz.

Entonces, toda la enorme casa pareció desplomarse sobre su cabeza con un impacto terrible y demoledor.

Johnny cayó contra la pared primero, y al suelo después hecho un ovillo. Ya no llegó a ver al hombre que le había derribado, y que ahora se inclinaba sobre él para asegurarse de que estaba realmente sin sentido.

En su mano sostenía un corto pedazo de tubería de plomo.

Al volver a la vida, Johnny advirtió, aparte del tremendo dolor de cabeza, algunos hechos a cuál más alarmante.

En primer lugar, estaba atado de pies y manos, tirado en el suelo de la cocina. En segundo lugar, una prieta mordaza le impedía emitir todo sonido.

Y, por último, oyó ruidos en alguna parte, hecho inquietante por cuanto demostraba que el individuo que le había golpeado seguía allí, dispuesto a terminar su obra que solo podía tener un final:

La muerte.

Johnny sintió un agudo frío en todo el cuerpo, estremeciéndose.

Nunca había sido cobarde, pero esta forma de morir, impotente, sin poder siquiera luchar por la vida, era algo aterrador.

Miró hacia la ventana, viendo cómo declinaba el día. Desde luego, habían pasado ya las cinco de la tarde. Mac estaría esperando aún su llamada.

Se mantuvo quieto, ahorrando energías que seguramente para nada iban a servirle. Los rumores de alguien moviéndose aquí y allá duraron un buen rato. Después, cuando las sombras del atardecer se extendían al otro lado del ventanal, los ruidos cesaron por completo, como si su atacante se hubiera marchado.

Más Johnny sabía que aquel monstruo no se iría sin terminar su obra de muerte y de sangre.

Pero aprovechó para probar una vez más a aflojar las cuerdas que aferraban sus muñecas.

Todo inútil. Lo único que consiguió fue desgarrar un poco más la piel lacerada que herían las cuerdas.

Entonces escuchó de nuevo los pasos, esta vez acercándose a la cocina. Por unos instantes olvidó sus temores para concentrarse en aquel ser diabólico que tantas vidas había segado... y que ahora se disponía a acabar también con la suya.

El hombre entró en la cocina. En los primeros instantes, debido a la escasa luz, Johnny no le reconoció. Después sí, y se quedó helado, y no encontró voz suficiente con que expresar todo lo que sentía, empezando por la ira más absoluta.

El hombre sonrió con una fría mueca.

—¡Usted! —jadeó al fin.

—No lo imaginaba, por supuesto...

—¡Maldito sea, Colman! ¿Qué significa esto?

El agente de compra y venta de fincas acercó una silla y se acomodó en ella tan cuidadosamente como si estuviera en su propia y lujosa cocina.

—Usted es inteligente para adivinarlo. También lo es para haber descubierto el secreto, aunque ignoro cómo, y eso es lo que quiero, Slater. Dígamelo y terminaremos rápidamente.

—¿Qué secreto?

—El del escondite del millón de dólares. ¿Por qué si no ha comprado usted esta barbaridad de casa, con todo el historial que tiene detrás?

Johnny se permitió una risita burlona.

—Así que se trata de eso —exclamó—. Pues se ha lucido, amigo.

Colman suspiró.

—Tenía la esperanza de que fuera razonable y terminásemos nuestro negocio rápidamente. Los dos nos habríamos ahorrado muchas molestias.

—¿De veras cree que existe ese dinero, y que yo conozco su escondite?

—El dinero sé sin lugar a ninguna duda que está oculto en esta maldita casa, aunque no sé dónde. La maldita prefirió morir a confesarlo.

—¿Quién prefirió morir?

—Le conté la historia, ¿recuerda? Pero estamos perdiendo mucho tiempo. Por última vez, Slater. ¿Dónde está? Ni siquiera voy a preguntarle cómo lo averiguó. Solo dígamelo.

—No sé el lugar donde puede estar oculto, pero aunque lo supiera no se lo diría a usted, bastardo.

Colman hizo un gesto de resignación.

—Vivirá usted una experiencia inolvidable, Slater —prometió, con una voz que producía escalofríos—. Tan inolvidable que acabará loco.

Se levantó. Ahora sus ojos habían perdido todo asomo de humanidad y eran tan helados como el Polo, y vacíos de toda expresión racional.

—¡Levántese!

Johnny lo intentó, pero estaba amarrado demasiado sólidamente y volvió a caer de espaldas.

—Es inútil. Igual como me ha librado de la mordaza, quítame ahora las cuerdas, por lo menos de los pies.

—De los pies sí, porque no voy a llevarle a cuestras. De las manos todavía no, aunque también le libraré de ellas en su momento, no se preocupe.

Colman se arrodilló junto a Johnny y cortó la cuerda que sujetaba sus tobillos.

Antes que pudiera levantarse de nuevo, Johnny dispar: las piernas como distendidas por un poderoso muelle Ambos zapatos golpearon salvajemente el rostro de su enemigo. Hubo un estallido de sangre y un grito y Colman se derrumbó de espaldas, quejándose.

—¡Maldito! —jadeó.

—¡Acérquese, condenado vendedor de muerte...! Acérquese y le haré pedazos incluso con las manos atadas.

Colman se apartó, restregándose un pañuelo por la cara. El pañuelo se llenó de sangre, y cuando lo apartó él pudo ver que tenía la piel desgarrada de mala manera.

Colman se levantó al fin y dirigió su mirada estremecedora a su prisionero.

—Eso será peor para usted —masculló como si hablara consigo mismo—. ¡Levántese!

Fue al aparador de la cocina y buscó en los distintos cajones, hasta que localizó lo que buscaba. Un largo, delgado y afilado cuchillo de cocina.

—Otro intento de atacarme y lo haré tiras —prometió.

Johnny se levantó con dificultad. Toda la ira y todo el odio de que era capaz se desbordaban de él como un torrente.

—Ahora, andando, hacia el vestíbulo. Y no intente nada si quiere morir entero.

La afilada punta del cuchillo le hurgó la espalda y eso aceleró sus pasos.

—Colman... usted los mató a todos —dijo, de pronto.

—Hube de hacerlo. Ninguno me dejó otra alternativa... ni siquiera la pequeña estúpida.

—¿Quién?

—Clindy. Todo hubiera salido bien sí...

—¿Si qué?

—Nada.

—Usted va a matarme.

—De eso puede estar seguro.

—Entonces, ¿por qué no habla?

—Porque es inútil.

Desesperadamente, Johnny siguió insistiendo, con la esperanza de que cuanto más tiempo aquel loco hablase más tiempo tendría él de vida.

Al fin, Colman gruñó:

—Todo el mundo ha especulado respecto al amante secreto de Clindy Custer. Pues bien, yo era el afortunado... solo que ella tenía otras ideas. Eligió a un tipo manejable, con el que pudiera llevar a cabo su doble juego, y entonces preparó el escenario.

—De modo que la idea partió de ella...

—En realidad, fue mía. Clindy odiaba a George. Era mezquino, taciturno y estúpido. Yo le sugerí lo que debía inculcarle a él y lo hizo. El cerdo, lo liquidó todo, pidió dinero a todo el mundo... incluyéndome a mí, que no se lo presté, naturalmente.

Dejó escapar una risita y calló.

Johnny se había detenido en mitad del vestíbulo. Había anochecido y una pesada penumbra inundaba la colosal estancia.

Colman ordenó:

—Acérquese a la pared del fondo y no intente nada.

Blandió el cuchillo cerca de la cara de su víctima y los dos hombres siguieron hacia la pared, junto a la que Johnny se detuvo.

—¿También la mató a ella? —le espetó de golpe.

—Primero hice desaparecer a George de un modo discreto. Ni Clindy supo cómo lo hice... hasta que lo comprobó por sí misma, una vez descubrí que planeaba huir en compañía de un individuo llevándose todo el dinero.

—Ese individuo... Dutch Dawis, ¿no?

—Lo sabe usted... lo sabes todo, maldito entrometido —barbotó furioso.

—No todo.

—Le ahorqué, pero antes le llené de narcótico, así la policía podría sospechar de Clindy. Un hombre inconsciente es fácil de ahorcar, incluso por una mujer. Y entonces ella desapareció también, pero ya había escondido el dinero, la maldita...

Colman retrocedió hasta el rincón, ahora oscuro. Johnny le vio ponerse de rodillas y de nuevo experimentó la urgente necesidad de atacarlo aunque fuera solo con los pies. Se disponía a lanzarse sobre Colman a pesar del cuchillo cuando a su espalda sonó un chasquido seco y que resonó con acentos siniestros en la inmensa estancia.

Se volvió en redondo, viendo, atónito, cómo una pequeña porción del muro de piedra giraba sobre unos goznes invisibles.

Colman cacareó:

—¿Qué le parece? Ella misma me reveló este pasadizo...

Había una cavidad negra como la tinta más allá del muro. Colman le empujó con la punta del cuchillo.

—¡Camine! —ordenó—. El suelo es llano. Yo encenderé la luz...

Johnny se internó en la negrura sintiendo en sus entrañas el frío de la muerte.

Repentinamente se encendió una débil bombilla y pudo distinguir el corto pasillo hasta su final. Un final que no era otra cosa que una portezuela de hierro.

Se detuvo junto a ella, volviendo la cabeza.

Colman le había seguido con el cuchillo por delante.

—Está abierta. Empújela con el pie. Lo he preparado todo mientras usted estaba inconsciente...

Johnny obedeció, viendo que al otro lado también había una pequeña luz encendida.

La risita espeluznante de Colman debió haberle prevenido de que el espectáculo que le aguardaba no era nada agradable, pero estaba alterado y penetró en la ratonera de dos zancadas.

Se detuvo en seco, asaltado por el más absoluto terror que nadie sintiera jamás.

La estancia era simplemente una pequeña mazmorra excavada al parecer en roca viva, o construida en los cimientos del colosal edificio.

Había una mesa de madera carcomida y una silla parecida. Sobre la mesa, tres platos y tres vasos, aunque con sensibles diferencias entre ellos.

Dos de los vasos y dos de los platos estaban cubiertos de polvo y suciedad, y una materia que se había solidificado con los años. En cambio, uno de los platos contenía alimentos frescos; jamón, un pedazo de pan, salchichas y queso. El vaso limpio parecía inmaculado, así como la jarra llena de agua.

Pero había algo más.

Un catre que era una pura ruina, con un colchón casi desmenuzado, sobre el que descansaba el sueño eterno una calavera. Un esqueleto completo en actitud retorcida.

Otro esqueleto estaba tirado en el suelo, junto al catre. Este había sido de una mujer a juzgar por su larga cabellera completamente blanca.

Se tambaleó, incapaz de asimilar lo que estaba viendo. Tras él. Colman gorjeó:

—¿Qué... qué le parecen? Un matrimonio feliz... y ahora usted, el tercero en discordia.

—¿Quiénes...?

Su voz se ahogó.

—George y la adorada Clindy, naturalmente.

—¿Clindy? Imposible... era joven cuando desapareció. Y esta mujer tenía el cabello blanco... como una anciana.

—Se le volvió así durante el tiempo que estuvo encerrada aquí, muriendo en compañía del cadáver de George.

—¿Qué?

Era demasiado monstruoso. La mente de Johnny se negaba a admitir lo evidente.

Cuando encontró voz musitó:

—Él fue asesinado meses antes que ella...

—Sí.

—Y usted la encerró aquí, con un cadáver en descomposición.

—Eso es. Quise obligarla a que me revelara el escondite del millón de dólares y la muy estúpida no habló... luego se volvió loca y ya no hubo nada que hacer. Espero que usted sea más razonable... o que tarde más tiempo en perder la razón.

—Ya veo...

—Ahí tiene alimentos y agua. No le daré otros. Solo estos, mí querido Slater, que están envenenados. Cianuro, ¿sabe?

—¡Maldito monstruo...!

Dio un salto hacia el hombre. Un salto inverosímil. Pero Colman retrocedió pegándose a la pared y alargó el brazo armado con el cuchillo.

—¡No vuelva a intentarlo! —gruñó—. No quisiera matarlo tan pronto, sin que me haya revelado el secreto.

—¡Condenado! Si no sé nada de ese dinero.

—Tonterías. Usted lo averiguó de algún modo y por eso compró esta casa. Nadie en su sano juicio la hubiese comprado... excepto usted.

Johnny dio un vistazo a su alrededor, desesperado. Otra cosa que vio le dejó helado.

Era un viejo teléfono de comunicación interior, sin dial, solo unos pequeños pulsadores.

Colman dijo:

—Funciona, más o menos. Tiene contactos en todas partes, pero funciona. Cuando se decida a hablar, descuélguelo. Yo estaré esperando. Comunica con el pabellón del jardín, ¿comprende? Avíseme y vendré.

—Así que fue ese aparato el que llamó la primera vez que yo estuve aquí...

—Es posible. La humedad a veces establece contacto con alguno de los hilos medio rotos. Bueno, el hambre y la sed le harán claudicar... y la compañía del feliz matrimonio. Recuerde, Slater; los alimentos y el agua contienen veneno. Los verá, pero si intenta mitigar su sed y su hambre...

—Está usted completamente loco, Colman.

—Tonterías. Estoy loco por conseguir ese millón de dólares. He esperado mucho tiempo... corriendo el riesgo de que alguien lo encontrase antes que yo. Tuve que matar a quienes lo intentaron, pero valió la pena. Hasta que apareció usted... Coloque las manos sobre la mesa.

Lo hizo y Colman pasó el cuchillo por una de las cuerdas. Luego retrocedió apresuradamente hacia la puerta.

Antes que Johnny pudiera librarse del resto de ligaduras, la puerta había encajado y se encontró solo.

—Bien, solo en compañía de dos esqueletos alucinantes, tan alucinantes como su historia y su horrenda forma de morir.

Trató de ignorar el pesado hedor que flotaba en el aire estancado, intentó desentenderse de lo que le rodeaba para concentrar todos sus sentidos en la búsqueda de una escapatoria.

Todo inútil, sabía que era imposible huir de ese agujero, del pánico que culebreaba por su razón, de la visión de los huesos polvorientos y de los

alimentos mortales.

Los largos cabellos blancos de lo que una vez fue una mujer le fascinaban, quizá porque aquella blancura significaba un terror salvaje, inhumano, incapaz de ser imaginado por nadie que no viviera la experiencia horrenda de aquella desgraciada, encerrada en el reducido espacio con la única compañía de un cadáver en descomposición después de varios meses de su muerte... el cadáver del hombre que fuera su marido y que ella misma condenó.

Y luego el tiempo deslizándose lento, y los alimentos llenos de veneno, y el hambre, y la sed... y días y noches...

Se preguntó si sus cabellos también se volverían de aquella blancura espeluznante y se estremeció.

Probó la silla y vio que podía sostenerle. Sentándose, encendió un cigarrillo y fumó desesperadamente, como si tuviera prisa por terminarlo.

Miró su reloj. Llevaba apenas media hora encerrado allí dentro y le parecía un siglo.

Las nueve y diez minutos. Recordó que había dado palabra al teniente Carminey. Quizá el policía acudiría a la casa ante su silencio, tal vez la registraría otra vez y en esta ocasión podría descubrir la macabra mazmorra...

Comprendió que eso no eran más que sueños.

Quizá el teléfono sonaría cuando el policía estuviese en las cercanías. Para probarlo, lo descolgó.

No hubo ningún timbrazo ni nada semejante. Solo la voz llena de calma de Colman.

—¿Se decidió al fin? —preguntó el asesino.

—¡Váyase al infierno! Solo quise probar ese trasto.

—Bueno, ya cederá... la sed y el hambre son buenos argumentos.

Sonó un leve chasquido y el aparato quedó mudo.

Johnny, durante las horas siguientes, agotó su provisión de cigarrillos, convirtiendo la fétida atmósfera en una niebla casi irrespirable.

Y así pasó la primera noche.

La sed.

Y el hambre.

Colman había tenido razón. Eran espantosos, más si cabe en las circunstancias en que se hallaba.

Pasar una noche y un día sin comer puede resistirse fácilmente sin mayores molestias, pero sabiendo que estaba sentenciado a morir de hambre la cosa cambiaba.

Y lo mismo cabe decir de la sed, viendo el agua allí, clara y transparente, pero oliendo ligeramente a almendras amargas, lo mismo que la comida.

Cada vez que sus ojos tropezaban con los sucios huesos sentía deseos de chillar o golpearse la cabeza contra las piedras del muro.

Acabaría loco. De eso estaba seguro. Podría tardar más o menos, pero no había poder en la tierra capaz de librarlo de su destino fatal:

O quizá fuera mejor engullir un vaso de aquella agua y acabar de una vez...

Volvió a mirar el silencioso teléfono. Durante el día Colman estaría en su oficina para cubrir las apariencias, pero en la noches y ahora volvía a ser de noche, acudiría, implacable, a ocultarse en el ruinoso pabellón del jardín y esperaría como un buitre la carroña.

Si pudiera llevárselo por delante...

—Sería un consuelo —masculló en voz alta.

Quizá el teniente y su compañero estuvieran registrando otra vez la casa. Empezó a gritar como un loco, pero se cansó pronto.

Volvió a la silla y cerró los ojos negándose a seguir contemplando lo que le rodeaba.

Pero era cuanto podría ver hasta su muerte. Todo el paisaje, todo el mundo, su mundo, estaba encerrado en ese cuchitril de piedra. Jamás vería otra cosa. Ni el cielo ni el mar, ni los árboles... ni el adorable rostro de Mac...

Pensó en ella durante mucho tiempo, recordando sus besos, las locas caricias, el éxtasis de su amor. Eso le calmó y después pudo pensar con más frialdad.

Pero tampoco le sirvió de nada porque sabía de antemano que era imposible salir de allí dentro.

Una vez más se acercó a la puerta y buscó en las junturas un resquicio esperanzador hasta hacerse sangrar las yemas de los dedos.

Inútil. Era una pieza de hierro perfectamente encajada en el muro de piedra. No había cerradura, no había ningún punto débil.

Otra tortura: la luz.

Maldijo a gritos aquella luz que le obligaba a ver el espanto que le rodeaba. Pero no se atrevió a apagarla porque en la oscuridad aún sería peor.

De pronto, el teléfono emitió un leve chasquido. El maldito, pensó, lo había arreglado para que no emitiera sonido alguno.

Lo descolgó de un manotazo.

—¿Colman?

—¿Quién otro esperaba que fuese? Sí, soy Colman. ¿Todavía no ve moverse los esqueletos?

—Jamás se moverán.

—Oh, sí... cuando su razón comience a fallar verá lo que no existe. Entonces se rendirá, Slater.

—Siga soñando —galleó con una voz poco convincente.

—¿Sabe una cosa? Anoche, esos dos policías estuvieron en la casa. Venían en su busca. Se cansaron de llamar y luego se fueron. Pero volvieron más tarde, seguramente provistos de un mandamiento judicial, porque abrieron con una llave maestra y estuvieron dentro más de una hora, registrándolo todo buscándole a usted. Quizá pensaban encontrarle ahorcado también...

Sonó una carcajada y la comunicación se interrumpió.

Bueno, así que Carminey y el sargento habían acudido después de todo. No era culpa suya si no habían podido descubrir la entrada secreta a aquel infierno.

Johnny se cubrió la cara con las manos, desesperándose más a cada minuto.

Colman... si pudiera destruirlo por lo menos sentiría ese consuelo. Quizá atrayéndole con la historia de que estaba dispuesto a revelar el secreto que ignoraba...

Pero Colman no era ningún tonto. Le obligaría a hablar a través de la puerta con toda seguridad, comprobaría la verdad y después le dejaría morir de todos modos.

Nada por ese lado.

Había que pensar en otra cosa. Por lo menos, que pudiera ajustarle las cuentas a Colman.

Esa idea fue creciendo hasta convertirse en obsesión, borrando todo lo demás.

Y la maldita luz arañándole los ojos...

La luz. Podía apagarla.

¡La luz!

Pegó un brinco que arrojó la silla hacia atrás. La oyó estrellarse contra algo sonoro y al volverse vio saltar los huesos del esqueleto de larga cabellera en todas direcciones.

Pero ya no se estremeció siquiera. Estaba demasiado excitado.

Corrió al teléfono y examinó el hilo del auricular. Era viejo, deshilachado en algunos puntos.

Bien, era lo que necesitaba.

Miró su reloj. Las nueve y media.

Tenía tiempo de sobra, porque Colman seguramente no se movería del pabellón en toda la noche.

Valiéndose de las uñas y dientes descubrió la conducción de cobre, cuidando de no establecer un contacto que haría sonar el aparato de Colman.

Luego dejó el teléfono y se encaramó en la silla. Había el problema de la oscuridad, pero debería apañarse o fracasar.

Tiró del cordón de la luz con cuidado, arrancándolo del techo y depositando la luz sobre la mesa. Calculó la distancia que separaba el teléfono de la bombilla y con infinitas precauciones aproximó más el aparato.

Desenroscó la bombilla quedándose a oscuras. Luego, tanteando el viejo portalámparas, dio un brusco tirón y lo arrancó, de modo que los extremos de los hilos quedaron al descubierto.

Sin, soltar el cable eléctrico tanteó en la oscuridad hasta localizar el hilo telefónico con el cobre al descubierto. Suspiró en la inmensa negrura.

Tras esto, descolgó el auricular.

Al instante oyó la voz de Colman, aunque en esta ocasión le pareció queda y precavida:

—¿Se decidió?

—Sí —dijo—. Pero con una condición.

—De acuerdo, lo que quiera con tal de que hable...

Seguía sonando la voz de Colman muy precavida. Johnny apenas lo advirtió, terriblemente excitado.

—Escuche —dijo.

Depositó el auricular sobre la mesa, seguro de que Colman seguiría pegado al aparato.

Entonces acercó el cable eléctrico al hilo telefónico y lo deslizó a lo largo del mismo. Repentinamente, las puntas al descubierto del cable de la luz entraron en contacto con el cobre del teléfono y hubo un vivo chispazo. Mantuvo los cables, chisporroteando y sintiendo deseos de gritar.

Alguien estaba gritando realmente. Lo oyó a través del auricular. Un aullido terrible y después nada. Las chispas de luz cesaron de pronto y todo acabó, sumiéndole en una oscuridad más negra, más absoluta todavía.

Calculó que en alguna parte se habían fundido los plomos de la electricidad, pero deseó fervientemente que eso no hubiera sucedido antes de que Colman recibiera en su cuerpo toda la descarga que se prolongó mientras el cable estuvo chisporroteando.

Después de la excitación vivida le invadió una inmensa lasitud.

Tanteó la mesa, orientándose para alejarse lo más posible del catre, y fue a sentarse en el suelo: cerca del portón de hierro.

Multitud de imágenes se sucedían en su mente. Imágenes de Colman retorciéndose sacudido por las descargas eléctricas. Imágenes de Colman carbonizado, sin detenerse a reflexionar que eso, de aquel modo que había sido hecho era imposible.

Pero con esas imágenes en la mente logró conciliar un agitado sueño por primera vez en dos días y dos noches.

No supo lo que le despertó.

Pero tuvo la seguridad de que «algo» había roto su sueño y un inmenso terror le invadió porque sabía que allí dentro nada podía turbar el sueño precursor de la muerte.

Se incorporó poco a poco, aterido de frío y humedad. Escuchó con todos los sentidos agudizados.

Nada.

El agua. Una sed espantosa secaba su garganta. Notaba la lengua como si le hubiera crecido al doble de su tamaño.

El agua envenenada.

Quizá fuera mejor terminar de una vez.

¡Y de nuevo aquello se produjo!

Un leve sonido, algo indefinible pero que no era ninguna voz humana.

Sintió tentaciones de chillar. Estaba volviéndose loco, eso era... mejor acabar de una vez, morir rápidamente en lugar de hacerlo lentamente, días y días de espantosa agonía...

Se repitió una y otra vez que no había oído nada. Que los espectros no existen, que una calavera no puede moverse ni producir ese sonido extraño...

¡Pero él sonido existía!

Lo oyó.

Seguro.

Lo había oído.

Un sollozo escapó de su contraída garganta, dejándose dominar por la desesperación más absoluta.

A tientas avanzó buscando la silla, la mesa, el jarro de agua mortal...

Sus dedos encontraron la silla derribada. Pisoteó huesos y saltó hacia atrás, pero consiguió llegar a la mesa.

Siguió tanteando hasta que sus dedos dieron con el maldito teléfono y lo apartó a un lado.

Entonces ya no le cupo duda. El sonido... en la mesa...

¡El teléfono!

El maldito Colman no había muerto después de todo y estaba intentando reparar el aparato.

—Hice lo que pude —masculló—. ¡Lo hice...!

Fue un grito desesperado que las paredes devolvieron ampliado y atronador.

Y en aquel instante se produjo el milagro.

—¿Slater, me oye?

Dio tal brinco que la silla pegó contra la pared y se hizo astillas.

¡Una voz humana!

Y no era la voz de Colman...

—¡Slater! ¿Está vivo, puede oírme?

Era una voz extremadamente débil, pero una voz al fin...

Desesperadamente, como un demente, buscó el auricular en la oscuridad hasta que sus dedos se cerraron en torno a él como garfios.

—¡Hable! —rugió.

—¡Slater!

—Sí.

—¡Aquí Carminey, el teniente Carminey!

—¡Dios santo, no puedo... creerlo...!

—Nos ha costado cinco horas reparar más o menos este cacharro.

¿Dónde está usted, Slater?

—En una cueva... hay un muro que gira... un resorte en un rincón.

—Tómelo con calma, no entiendo nada... ¡Eh, espere!

Hubo una sucesión de ruidos. Después, otra voz:

—¡Johnny!

—¿Mac?

Todo su cuerpo saltaba de gozo al oír aquella voz que creyó que jamás volvería a percibir.

—¡Oh, Johnny! ¿Qué pasó, cómo estás?

—No hay tiempo ahora... he de salir de aquí o me volveré loco...

De nuevo el teniente habló, sereno al fin, eficiente:

—¿Dónde está ese muro que gira, Slater?

—En el vestíbulo... en la pared a la derecha de la armadura... y el resorte debe hallarse en algún punto del rincón más próximo... ¿Qué pasó con Colman?

—Está inconsciente aún... estábamos en la casa, registrándola otra vez acuciados, por esta chica cuando oímos el alarido en el jardín. Así empezó todo.

—¡Busquen ese resorte... no creo que pueda soportar esto mucho más tiempo sin perder la poca razón que me queda!

—Tranquilícese, solo es cuestión de tiempo... si por lo menos Colman pudiera hablar... Ahora cálmese. Vamos a intentarlo.

Una eternidad.

Un tiempo que no terminaba nunca, deslizándose lento entre sus dedos, como la vida que escapaba de él despacio... despacio...

Gritó a través del teléfono, pero esta vez no consiguió respuesta alguna.

Necesitaba moverse, no pensar, caminar, respirar...

Dio unos pasos sin rumbo. Tropezó y pateó los huesos que casi le derribaron al resbalar sobre ellos. Luego, se pegó a la puerta y esperó... esperó...

Y repentinamente las voces, ahora ahogadas al otro lado.

—¡Teniente!

—¡Ya lo tenemos! —oyó—. Esa puerta de hierro... hay un pasador solamente.

El pasador chirrió. La puerta empezó a abrirse. Johnny se aferró a ella y tiró con todas sus fuerzas.

Una oleada de luz inundó el sótano y a él. Casi se derrumbó sobre Carminey cuando este intentó entrar.

—¡Eh, despacio, Slater... no hay ninguna prisa ahora!

Se sostuvo en el policía, tambaleándose, mientras el sargento Lawrence trataba de pasar por su lado alumbrándose con una linterna eléctrica.

De pronto su pie se apoyó en un pobre hueso. Lawrence manoteó en el aire y cayó hacia atrás intentando agarrarse a cualquier parte.

Carminey dio un salto de costado. Lawrence rugió arañando, mientras caía, la pared del pasillo. Encontró algo donde aferrar los dedos y se agarró allí, solo que aquello cedió y al fin acabó cuan largo era sobre el suelo.

—¡Madre mía, qué batacazo...! —gimió el sargento.

Pero algo más estaba sucediendo. Una pequeña porción del muro giraba a un lado y casi golpeó la cabeza de Lawrence cuando se incorporaba.

Todos se quedaron mirando el hueco, estupefactos.

—¡Que me emplumen! —jadeó Carminey—. ¡Alumbra aquí!

Lawrence buscó su linterna y dirigió el rayo luminoso al interior de la cavidad.

Había montones de fajos de billetes apilados en el escondrijo.

—¡El millón de dólares! —chilló el sargento.

—Tú accionaste el resorte, cuando tratabas de agarrarte a la pared... eres un tipo afortunado, muchacho.

Johnny apenas podía creer lo que estaba viendo. Había descubierto el millón de dólares...

—¿Dónde está Mac?

—Afuera, con algunos de los muchachos. No quise que entrara aquí porque no sabíamos qué íbamos a encontrar.

—Hicieron bien... echen un vistazo ahí dentro.

Mientras lo hacían, alumbrados por la linterna, les contó rápidamente lo sucedido desde que Colman lo cazó.

Carminey apenas podía creerlo.

—¿Quiere decir que los alimentos y el agua contenían veneno?

—Sí.

—¿Y que esa calavera de cabellos blancos es la de una mujer que

cuando murió tenía apenas treinta años?

—Clindy Custer. El terror le volvió níveos sus cabellos durante los días que tardó en morir.

—Creo que voy a vomitar —masculló el sargento, y salió zumbando.

—Salgamos de aquí —balbució Carminey.

Salieron al vestíbulo desierto, con todas las luces encendidas.

Johnny lo miró con inmenso afecto.

—No creí volver a verlo jamás...

—¿Se siente bien, puede andar por sí mismo? Tiene un aspecto horrible, pero creo que ella lo comprenderá.

—¡Al diablo mi aspecto!

Se apartó del policía y salió del caserón.

Había focos policíacos en el jardín. Salió tambaleándose, y la luz cayó sobre él como una ducha helada.

Primero oyó el grito de la muchacha. Después la vio.

Corría hacia él como si no pisara el suelo.

—¡Johnny!

La estrechó entre sus brazos, besándola locamente, desesperadamente acariciándola, tratando de convencerse de que la tenía entre las manos, suya otra vez, y que no era un sueño, sino que vivía... ambos vivían...

Ella separó la cara al fin, pálida, los ojos gloriosamente brillantes.

—Nena...

—¿Sabes una cosa?

—Dime... no sé...

—Tienes una barba espantosa. Pinchas.

Y se echó a llorar. Sorprendido, Johnny parpadeó.

—Bueno, ya pasó —dijo con voz débil—. No llores... todo acabó... no más crímenes... y tenemos el millón...

—De eso habrá que hablar con tiempo, amigo.

—¿Qué?

Carminey dijo:

—Si deja de medir las proporciones anatómicas de esa chica, quizá comprenda que ese dinero pertenece a los herederos de Custer, si los hay.

—Hay uno. ¿Por qué demonios cree que vine yo a esta pesadilla?

—¿Usted es...?

—No. Jim Lake, primo de Custer. Lake era el segundo apellido de este también.

—¡Cuernos!

—Ahora ya lo sabe. Cuide de que no se pierda ni un solo dólar de ese montón, porque la mitad me pertenecen. Ese fue el trato con Jim, así que cuídelos, teniente.

—¡Que me ahorquen!

—Bueno, siga visitando esa tumba y quizá lo consiga.

—Uno de sus apuestos chistes, ¿eh?

Pero él ya no le oía porque tenía otras cosas que hacer.

Entre ellas, besar a Mac hasta perder el aliento.

Refunfuñando, Carminey se alejó para dar instrucciones a sus hombres.

Tropezó con el sargento, cuyo rostro estaba casi verde, y gruñó:

—Eres demasiado delicado para ser policía.

—Solo fue lo de allí dentro... imaginar lo que sucedió con la mujer, viendo pudrirse un cadáver ante sus ojos... ¿Te imaginas?

—¡Cállate, maldito seas!

El teniente giró sobre los talones y desapareció entre los árboles.

Lawrence se encogió de hombros.

—Al diablo —murmuró.

Vio a la pareja, enarcó las cejas y comentó:

—Bueno, se lo ganaron después de todo.

Los vio alejarse hacia la salida estrechamente unidos.

Siguió dejando libre su imaginación, tratando de adivinar el porvenir inmediato de los dos...

Imaginarlo no le disgustó precisamente.

—Pero eso será cuando él se haya afeitado por lo menos —dijo, como si le hablara a la noche.

—¿De qué infiernos estás hablando?

Carminey había vuelto y estaba tan verde como él.

—Olvidalo. Hemos de volver allá dentro, compañero.

—Sí, eso me temo. ¿Dónde están esos dos tórtolos?

—Se fueron.

—Bueno.

Y regresaron a la mansión del terror... que ya no lo era.

Por fin habría paz en aquella tumba.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España